

ASIR

CONCURSO DE CUENTOS

ACTA DEL JURADO

PRIMER PREMIO

EL SUSTO *por* GUZMAN A. DELGADO

SEGUNDO PREMIO

UN MATECITO *por* JOSE P. AMARO

TERCER PREMIO

UN REENCUENTRO *por* MARIA I. de GIUDA

TERCER PREMIO

EL CABALLERO DON GAIFEROS *por* MERCEDES M. RAMIREZ

JUICIO SOBRE LOS CUENTOS PREMIADOS

MENCIONES ESPECIALES

LA MANO DE NIEVE *por* MARIA INES SILVA VILA

EL VIEJO SAUCE *por* RUBEN MESTRALLET

RECUERDO *por* JULIO ROSIELLO

EL VIEJO *por* ADAN MARIN

JUICIO SOBRE LAS MENCIONES ESPECIALES

MENCIONADOS CON PUBLICACION

A SUERTE Y VERDAD *por* JUAN LUIS CAVO

LA MANO DERECHA DEL TENIENTE CALLAMAN *por* HUGO BOLON

EL PAREDON INSACIABLE *por* JORGE ARIAS DURAN

EL VACIO *por* DAVID OSCAR GONÇALVES

UN DIA EN LA VIDA *por* MARIO A. DELL'ACQUA HOUGET

OTROS JUICIOS

OCT. 12 1949

Agua Mineral



De boca en boca....

"LACTOMIL"

Reçhace imitaciones

Talleres Metalúrgicos,
Ferretería Agrícola,
Grasas y aceites
TEXACO
Molinos a viento
Niquelados
Pinturería

**Luis Broggi
e Hijo**

Exposición y Venta:
Rodó 835 - UTE 363

TRABANCO

RADIO

Colòn 333 — Mercedes

FARMACIA
PONTE



Artigas y Rodó

PROFESIONALES

Dr. RAUL GONZALEZ

Odontólogo—Rayos X

Roosevelt 671 Mercedes

Dr. CARLOS M. GARMENDIA

CIRUJANO DENTISTA

Artigas 385

CASA PABLO MARTINEZ

de

Oscar Martínez & Cia.

Agentes exclusivos de
maquinaria **MOBIAE**

Telefono 457 Mercedes

Dr. A. MENDEZ MODERNELL

Dentista

Ituzaingó 335 Mercedes

Mario Bellini

Agrimensor

Colón 188 Teléfono 650

JUAN C. VOLONTERIO

Profesor de Piano

Colón 183

Pedro C. Besozzi

Escribano

Colón 286 Mercedes

Luis R. Invernizzi

Escribano

Roosevelt 672 Mercedes

**T
I
M
A
R**

SU CASA

de

CONFIANZA

Fotografía

Florida 686 -- LITE 1049

Un Plato Sabroso

con

Pastos de

"La Moderna"

Colón 268

Tel. 457

Lino Ferreira Goró

ESCRITORIO COMERCIAL

Coordina

**Compra venta campos
Cereales y Productos
Agrícolas Ganaderos**

OFICINA:

**Plorenio Sánchez 1183
Teléfono 437**

CASA PARTICULAR

J. P. Varela 820 -- Teléfono 44

Mercedes

Caja Popular de Mercedes

**Una Institución al servi-
cio de la industria del
Departamento.**

**toda clase de
operaciones bancarias**

**Utilice su amplia red de
giros y trasposos de fon-
dos**

COLÓN 214 MERCEDES

CONFITERIA

Ramos & Frantchez

PLAZA INDEPENDENCIA

Mercedes

CASA

"TEUESCA"

Bazar y Juguetería

RADIOS

Colón y Roosevelt

Frutería BOLONINI

Se adhiere en el número especial de
la Revista cultural «A S I R» deseándole a
sus colaboradores el más franco éxito

JUAN C. BOLONINI

MASSEY - HARRIS Y
PRODUCTOS SHELL

La suprema combinación
para las labores agrícolas

Carlos Méndez

Teléfono 789

Tipografía
"Viñuela"

Impresiones en general
Confecciones de periódicos,
revistas, etc.

PRECIOS MODICOS

Colón 261
UTE 459 y 1072
Mercedes

ASIR

Cercano está, mas es difícil de asir el dios Patmos - Holderlin.

DIRECTORES
REDACTORES RESPONSABLES:

WASHINGTON LOCKHART
DOMINGO L. BORDOLI



FUNDADORES:

H. PEDUZZI ESCUDER, M. LARNAUDIE DE KLINGER, W. LOCKHART

18 DE JULIO 353, MERCEDES, URUGUAY — OCTUBRE DE 1949

ASIR, aparece 8 veces por año

SUSCRIPCION ANUAL	\$ 3.20
SUSCRIPCION SEMESTRAL .	\$ 1.70
NUMERO ORDINARIO	\$ 0.45
NUMERO ESPECIAL	\$ 0.60



SUMARIO :

	Pág.
CONCURSO DE CUENTOS	5
BASES	6
ACTA DEL JURADO	7
<i>1er. Premio</i>	
EL SUSTO por Guzmán A. Delgado	9
<i>2.º Premio</i>	
UN MATECITO por José P. Amaro	13
<i>3er. Premio</i>	
UN REENCUENTRO por María I. de Giuda	17
<i>3er. Premio</i>	
EL CABALLERO	
DON GAIFEROS por Mercedes Ramírez	21
JUICIO SOBRE LOS CUENTOS PREMIADOS	24
<i>Menciones Especiales</i>	
LA MANO DE NIEVE por María Inés Silva Vila	30
EL VIEJO SAUCE por Ruben Mestrallet	34
RECUERDO por Julio Rosiello	37
EL VIEJO por Adán Marín	41
JUICIOS SOBRE LAS MENCIONES ESPECIALES .	44
<i>Menciones Publicación</i>	
A SUERTE Y VERDAD por Juan Luis Cavo	48
LA MANO DERECHA DEL	
TENIENTE CALLAMAN por Hugo Bolón	52
EL PAREDON INSACIABLE por J. Arias Durán	56
EL VACIO por David Oscar Gonçalves	59
UN DIA EN LA VIDA por M. Dell'Acqua Houget	63
JUICIO SOBRE LOS CUENTOS	
MENCIONADOS CON PUBLICACION	65
JUICIO SOBRE LOS CUENTOS	
MENCIONADOS SIN PUBLICACION	66
SOBRE LOS CUENTOS RESTANTES	71

CONCURSO DE CUENTOS

ASIR, al organizar este concurso, se propuso vincular a la revista, y entre sí, a los más jóvenes de nuestros escritores. Nada más dañoso que el aislamiento y la falta de comunicación espiritual, para un escritor, y mayormente si éste es joven. Produce casi siempre, o el abandono de una vocación, o por lo contrario, una ingenua sobrestimación de sus propias aptitudes, que suele ser sólo el reverso del fracaso. La agrupación, en cambio, con la posibilidad de una recíproca vigilancia y emulación, otorga el sentimiento de humildad, de generosidad y de confianza necesarias, ante la propia obra y la ajena.

Corriamos el riesgo de no reunir suficientes trabajos con la calidad necesaria. Nuestro mayor estímulo, que recompensa el esfuerzo del Jurado, lo constituye la presencia no sólo de los trece narradores que hemos presentado, sino también la existencia de otros realmente meritorios.

Creemos que la revista es el único medio de publicación que tiene a su alcance el escritor joven. Es, quizás, el único órgano capaz actualmente, en nuestro país, de interesar a un público más o menos numeroso que puede seguir así el trabajo colectivo de un núcleo, identificado por preocupaciones comunes, y que crea un clima necesario para el desarrollo de las individualidades valiosas del futuro.

Pensamos que una revista, más que una reunión de personas encauzadas en la misma tendencia, debe ser la reunión de quienes sientan con igual autenticidad y pasión los mismos problemas, cualquiera sea la escuela sostenida por el escritor.

Con este criterio se expidió el Jurado, que tuvo en cuenta sólo la calidad de los trabajos y su logro dentro de la línea creadora que el autor se había impuesto.

ASIR pone sus páginas a disposición de estos jóvenes cuentistas, que permiten una firme esperanza.

BASES

La revista literaria ASIR organiza un concurso de cuentos, en el que podrán intervenir todos aquellos escritores jóvenes que, hasta el día de cierre de la inscripción, no hayan cumplido los veinticinco años.

Los trabajos, de los que han de enviarse tres copias, no podrán exceder de una extensión de seis páginas de treinta líneas, escritas a doble espacio y respetando un margen de cinco centímetros. La identidad y el domicilio del autor serán encubiertos en un pequeño sobre que mostrará únicamente el pseudónimo.

El jurado estará constituido por los siguientes señores: Dionisio Trillo del cuento.

El jurado estará constituido por los siguientes señores: Dionisio Trillo Pays, Arturo S. Visca, Guido Castillo, Carlos Denis Molina y Domingo L. Bordoli. Los premios a otorgarse son de \$ 70.00 y \$ 40.00 para el primero y segundo puestos, respectivamente, y dos premios de \$ 30.00 para los clasificados en tercer lugar. Además, el jurado se reserva el derecho de mencionar y publicar, sin limitación de número, todas aquellas composiciones que considere valiosas.

Teniendo en cuenta la experiencia dejada por certámenes anteriores, el jurado entiende necesario publicar, además del veredicto, un comentario más o menos detallado sobre los trabajos que han obtenido los mejores puestos, seguido de un juicio, aunque sea sumarisimo, de cada una de las composiciones que han entrado a concurso. Procúrate por este medio evitar a la mayoría de los concursantes, esa sensación de desamparo o desconcierto que, unida a la sospecha de no haber sido leídos, rastrea después de casi todos los concursos.

Se cierra la inscripción el 30 de Agosto y el Jurado deberá expedirse antes del 30 de Setiembre del corriente año. Los trabajos deben ser entregados en la Biblioteca Nacional, Eduardo Acevedo 1475, en horas de oficina.

ACTA DEL JURADO

ACTA DEL JURADO

En la ciudad de Montevideo, el día dieciocho de setiembre de mil novecientos cuarenta y nueve, el Jurado del Concurso de Cuentos organizado por la revista ASIR, integrado por los señores Dionisio Trillo Pays, Arturo Sergio Visca, Guido Castillo, Domingo Luis Bordoli y Liber Falco, que actuó en sustitución del señor Carlos Denis Molina, procedió al fallo definitivo para otorgar los premios correspondientes.

Reunidas las opiniones presentadas por escrito, resultaron escogidos para el Primer Premio, por unanimidad, el trabajo titulado «El susto», seudónimo Arbol; para el Segundo y Tercer Premios, resultaron elegidos por cuatro votos «Un matecito» y «Un reencuentro», seudónimos A. J. P. y Royma, respectivamente. El otro premio a otorgar dió motivo a un extenso cambio de ideas en torno a los trabajos siguientes: «La mano de nieve» seudónimo Trilco, propuesto ya para el segundo premio por el señor Falco, «El caballero Don Gaiferos», «El viejo», «Recuerdo» y «El viejo sauce», presentados bajo los seudónimos de Ginés de Pasamonte, Absurdo, Alex y Pedro de Lia, respectivamente. Fué necesario definir la votación, obteniendo por fin tres votos «El caballero Don Gaiferos». Se deja expresa constancia de la mención que merecen: «La mano de nieve», «El viejo sauce», «Recuerdo» y «El viejo». Y se recomienda la publicación, por simples mayorías, de los siguientes trabajos: «El cascabel», por J. R.; «La agonía», por Eneas; «A suerte y verdad», por Hasta Luego; «La mano derecha del teniente Callamán», por Isleño; «El paredón insaciable», por Icaro; «El vacío», por Alano» y «Un día en la vida», por Ariel.

Seguidamente se procedió a la apertura de los sobres, resultando ser autores de «El susto», Guzmán A. Delgado; «Un matecito», José P. Amaro; «Un reencuentro», María L. de Giuda; «El caballero don Gaiferos», Mercedes M. Ramírez; «La mano de nieve», María Inés Silva Vila; «El viejo sauce», Rubén Mertrallet; «Recuerdo», Julio Rosiello, autor a la vez de «La agonía» y «El cascabel»; «El viejo», Adán Marín; «A suerte y verdad», Juan Luis Cavo; «La mano derecha del teniente Callamán», Hugo Bolón; «El paredón insaciable», Jorge Arias Durán; «El vacío», David Oscar Gonçalves y «Un día en la vida», Mario A. Dell'Acqua Houget.

Para constancia firman la presente:

*Dionisio Trillo Pays - Arturo Sergio Visca - Guido
Castillo - Liber Falco - Domingo Luis Bordoli.*

PRIMER PREMIO.

EL SUSTO

por

Guzmán A. Delgado :

El guarda le alcanzó la valijita, el ómnibus arrancó y Rudecindo echó a andar envuelto en una nube de polvo. Caía la tarde. De la carretera a su casa quedarían unas quince cuadras; fué entonces que se dió cuenta que desde allí no la veía, la tapaba una cuchilla. En el bajo de la carretera venía uno de poncho blanco, parecía Don Cabrera, quizá le podía dar alguna noticia, pero no, lo mejor era terminar de una vez con aquella distancia, que lo separaba de su casa. Entonces fuera como fuera lo sabría. Cruzó el alambrado de la carretera. Su traje de ciudad se ajustó y arrugó más contra su cuerpo, de lo que ya por sí estaba; su sombrero, el que comprara hacía dos años cuando se había casado, se le cayó; lo recogió, se lo puso un poco levantando de atrás y siguió caminando con la vista clavada en el suelo. La tierra húmeda recibía blandamente sus pasos.

En su casa, Anita, la hermana mayor que estaba afuera, dándole de comer a las gallinas, había sentido el ómnibus. Lo había visto cuando asomó en la cuchilla, y después lo sintió parar. Cruzó corriendo un jardincito de comadres que rodeaba los ranchos y entró en una de las piezas, donde todavía estaba en cama la mujer de Rudecindo.

—Juanita! ¡Juanita!

—¿Qué?

—Ponete contenta, el ómnibus paró en el bajo, debe venir Rudecindo.

Juanita abrió la boca y como no supo qué decir, llamó a su suegra, que estaba en una pieza contigua:

—Doña María, ya viene!

La madre apareció en el cuarto sonriendo y se asomó a la puerta, para ver si lo veía venir.

—No, mamá, recién vendrá en el bajo de los Martínez.

—Pobre, cuántas cosas no vendrá pensando, dijo Juanita.

—No seas pava, él también tenía que llevarse un susto; en cambio aho-

ra, qué alegrón se va a llevar.

—Andá, salí al camino así lo sacas de dudas. No, vení, mejor alcanzame el peine y el espejo y mandale a Antonia a que lo alcance. Mañana ya me voy a levantar. Ustedes se apuraron a escribirle; podrían haber esperado.

—¡Ah, sí! ¡A qué te murieras, para que él no nos perdonara, decí que vos tenés siete vidas como los gatos.

—Callate, muchacha. ¿Cómo le decís esas cosas? ¿Ya le dieste de mamar al niño, Juanita?

—No, doña María.

—Bueno, ahora esperá que venga m'hijo y que te tranquilice, si no esa leche le puede hacer mal.

Sí, había sido así. Rudesindo tuvo que irse a Montevideo por el asunto de las semillas. El hubiera querido esperar a que naciese su hijo, pero quedaba con ella su madre y sus hermanas, y se fué. Ya estaba para venir cuando recibió la carta: «Venite enseguida; Juanita está grave, ya tenés un hijo». La carta tenía dos días de atraso.

Rudesindo venía ya por el primer bajo. Hasta sus oídos llegaban los gritos de los chiquilines de Martínez. Los chiquilines de Martínez, siempre que pastoreaban las vacas, se lo pasaban cantando y gritando.

Un vaho se levantaba de los campos y era iluminado por el sol.

Sobre su cabeza pasó una bandada de tordos.

Se acordó que, desde chico, los tordos pasaban siempre igual; de mañana venían del este e iban a los rastrojos y a la tierra sembrada, y de tarde regresaban a los montes. En aquella época, él pasaba los ratos mirándolos, eran unas bandadas enormes que nunca terminaban de pasar. Siempre había querido tener una horda, pero nunca había conseguido una goma que le sirviera. Entonces, les tiraba piedras y palos. Recordaba una bandada que pasó hasta que se entró el sol. Bueno, tal vez no fuera muy grande, pero ésta que pasó ahora fué tan corta y rápida que la dejó preocupado. Tal vez todo lo que lo rodeaba era una preocupación, una duda.

Hacia dos años que se habían casado. El entonces tenía diecinueve y ella dieciséis. Algunos vecinos dijeron que era casamiento de apuro. Habían sido novios casi desde que iban a la escuela. Entonces ella era para él un poco mocosa, pero la miraba en una forma diferente que a las otras chiquilinas. Era tímida. Tenía una risa, él no sabía cómo, pero siempre que ella se reía, él sentía deseos de besarla. Al pasar algunos años, sus edades se igualaron. Después de casarse le entró miedo, se sentía inseguro y no terminaba de darse cuenta que estaba casado. Trabajaba en sociedad con su padre y todos vivían en la misma casa. Pasaron algunos meses y volvió a sentirse feliz, pero cuando supo que Juanita iba a tener un hijo, de nuevo sintió el mismo miedo. ¿Y si ahora llegaba y la encontraba muerta? Fué entonces que se le cruzó una idea por la cabeza. «Si ella estuviese muerta, su vida sería más fácil, mucho menos preocupaciones, su madre y sus hermanas le criarían el hijo». La idea lo hizo enrojecer.

—«¡No, carajo!», exclamó con todas sus fuerzas.

El maíz que cuando se fué aún no había nacido, ya tenía cuatro dedos de alto, pero no le gustaba que estuviese allí detenido, que no lo viese crecer. El maíz estaba allí y lo mortificaba. Siguió andando y se dió cuenta de que no era el maíz su martirio sino la duda. Al subir la primera cuchilla vió el

humo de su casa. Entonces empezó a repetirse maquinalmente: «Vive, no vive...» Así marchó el resto del camino. El trigo, la liebre que saltó asustada, el vuelo disparado de una perdiz, la cañada llena de agua porque hacía poco que había llovido, el canto de las ranas, y el salto que tuvo que hacer para no mojarse, no eran lo que ellos eran, sino angustia.

Uno, dos, tres, cuatro pasos, la casa iba subiendo por grados. Cuando la tuvo frente a él se detuvo, allí estaban sus ranchos. Siempre salía humo en las tardes, lo recordaba desde que era niño y volvía de la escuela. Un perro salió moviendo la cola y Antonia venía corriendo. «El maíz tenía cuatro dedos, había que carpirlo, había muchas liebres en el campo y la laguna estaba muy linda, algún domingo iría a pescar; la tierra estaba blanda; cuando se creara había que plantar las papas».

Cuando Antonia estuvo junto a él, ya lo sabía todo. Sin embargo su rostro aún debió reflejar una pregunta, porque su hermana le dijo:

—Ya está bien, no fué más que un susto; vení, vamos.

Su madre y Antonia ya salían también a recibirlo.

—¿Qué traes en la valija, Rudesindo?

—No, nada Antonia; sabés, con la noticia salí apurado.

—Pero decí algo, ¿no estás contento? Tenés un niño precioso.

—Ahora, después que la vea a ella.

—Entonces andá de una vez, bobo, corré!

—Sí, ¡claro! ¡Tomá la valija! —dijo Rudesindo y echó a correr. Llegó donde estaban Anita y su madre, las besó y siguió su carrera hasta detenerse en la puerta. Allí estaba su Juanita, el rostro y el camión blancos resaltaban en la penumbra del cuarto.

Rudesindo respiró hondo, su cuerno quedó coñido en su traje ridículo. Atravesó el cuarto y la saludó besándola.

—Dónde está mi hijo?

—Allí, mi negro; allí está, miralo, besalo—, dijo Juanita, señalándole la cuna en que dormía el niño. Rudesindo tocó aquel cuerpecito y sintió la respiración bajo sus manos. Permaneció mirándolo unos segundos, tuvo intención de alzarlo, pero pensó que debía besarlo, se inclinó y sintió bajo sus labios aquella piel suave que había rozado las entrañas de su mujer.

En ese momento entraron su madre y sus hermanas.

—Linda manera de saludar a tu madre y a tus hermanas—, dijo doña María sonriendo, y se sentó. Las hermanas se quedaron paradas y se pusieron a hacerle preguntas a Rudesindo y a contarle a Juanita cómo había llegado corriendo así sin saludarlas.

—Ayer estuvieron las de Ramírez, ¿verdad que vos dejaste la mayor por Juanita?

—Callate la boca, mirá cómo se ponen colorados.

—¿Verdad que sería lindo hacer que Juanita y Rudesindo se pelearan?

—Viste qué linda está Juanita. Sabés, cuando le dijimos que venías vos me pidió la peinilla y el espejo.

Juanita se sonreía, Rudesindo les decía que sí a todo y sus ojos se pasaban de su mujer a su hijo.

—¿Cuándo recibiste la carta?

—Hoy de mañana.

—¿Recién hoy?; pobre negro mío!

—Bueno, pero no hablemos de eso ahora que ya pasó.

—Mirá, allí viene José, —dijo la madre—. El padre traía una bolsa a medio llenar. Era un hombre grande y sus bigotes rubios se hacían rojos con la luz del sol que se estaba entrando. Dejó la bolsa en el patio. Rudesindo se levantó, dio unos pasos, y el padre besó al hijo en la entrada de la puerta.

—Qué dice, mi hijo, ¿está contento?

—Sí, papá.

—Sii, sii, ya digo, ya, Juanita nos dió un susto, pero ahora todo pasó, ¿no es verdad, Juanita?, —dijo don José mientras se sentaba.

—¿Tuviste tiempo de arreglar todo allá?

—Sí, papá, todo: ya estaba para venirme. Papá...

—¿Qué?

—Mañana hay que empezar a carpir el maíz, y en cuanto oree un poco hay que plantar las papas.

Don José asintió y miró a su hijo.

Siguieron conversando, hablaron del nombre que habían elegido para el niño, y después Juanita dijo:

—Rudesindo, yo mañana ya me voy a levantar.

—Cuándo le dijo doña Clara que se levantas?

—El miércoles.

—Bueno, entonces se queda hasta el miércoles.

Ella no se atrevió a contradecirlo, porque su rostro era grave. Vieron que venía un charret. Eran las de don Matías. El padre ya se había levantado, y la madre y las hermanas salieron a recibir las. Los esposos quedaron solos.

—Rudesindo, —dijo Juanita.

—¿Qué?

—Dame un beso.

SEGUNDO PREMIO

UN MATECITO

por

José Pedro Amaro

Los mayores se habían ido temprano a un baile en Polanco del Yí. Ese domingo estaban solamente en el rancho, el viejo Remigio y sus nietos; Chacho de seis años, Graciela de nueve y Tino de diez.

A eso de las cinco había empezado a llover despacio, mansito; después se desató con rabia el chaparrón. La «picada del coronilla» en el Yí no daba paso; la gente no vendría hasta el lunes y eso quién sabe. Total, había charque y yerba de sobra. La oveja guacha estaba en el galpón; tomaría unos mates y después vería... Los muchachitos se portaban bien, salvo algunas travесuras... Lo querían y hacían todo lo que les pedía...

—Graciela, a ver si hace unas tortafritas pa'acompañar con el mate.

—Sí, como nó, voy en seguida. Y se disponía con gusto a comenzar.

—Chacho, traigamé l'harina, —le decía a su hermano, mientras fregaba afanosa la sartén.

El chiquito entretenido en jugar con unas ramas encendidas que había sacado del fuego, no hacía caso; miraba encantado los pedacitos de luz que se desprendían de los tizonos.

—N'oyó a su hermana... usted... camine... deje esas brasas que sinó esta noche me parece que se le va gotiar el catre.

Pronto olvidaba Chacho su fuego y dando brincos, saltando por arriba de unos bancos, se dirigía hacia el fondo del rancho. Al regresar traía la cara y las manos empolvadas de harina y sus ojitos negros le brillaban de picardía.

Cuando los gurises se ponían demasiado inquietos y comenzaban a «juiciar» a Vichero, un cusco amarillento, con la panza sucia de barro, les contaba, para entretenerlos, sus patriadas de años mozos.

—A ver Chacho, dejese de joder ese perro, venga p'acá que le viá contar l'ocasión en que lo disgracié al Sargento Fagúndes...

—Pero Tatita, si era Facundo...

—Lo mismo da Fagúndes que Facundo o lo que sea; lo cierto es qu'era

tin tape bajito y más jediando que zorrillo... Entonces interrumpía de nuevo Chacho para decirle que era un pardo grandote y muy malo.

El viejo se incorporaba despacio.

—Güeno... güeno... o escucha o... usted elija... Y hacía además de descolgar el talero. Con el gesto bastaba; era santo remedio.

Así continuaban hasta que Tino, que no se separaba de su hermana, esperando la primer tortafrita que ya chillaba en la sartén, le decía:

—Agüelo, cuente cómo fué que se le quedó blanco ese mechón de pelo.

El viejo Remigio, que acercábase a los ochenta y que aún se conservaba erguido, tenía efectivamente la barba y el pelo negros; solamente un mechón muy blanco le arrancaba de un costado de la cabeza.

Lo que le pedía Tino era su tema favorito. Con su lanza y mucha imaginación había muerto a más de uno en sus revoluciones. Pero este caso era único; se había topado con algo raro, muy raro...

Don Remigio se sentó junto al fogón con el mate caliente entre las manos; los ojos fijos en el fuego, se le hacían pequeñitos evocando imágenes muy lejanas, casi perdidas; y una sonrisa se insinuaba en sus labios resecos cuando quedaba conforme con lo que urdía.

Los gurises guardaban silencio. Demasiado sabían que el viejo se preparaba: era como si acomodara unas ideas un poco dispersas, caprichosas; caraspalaba un poco, daba «vuelta» el mate y comenzaba:

—Yo tendría en aquel entonces, veintitantos años; el mechón, seguro, todavía n'ostaba. Era una noche muy parecida a ésta, l'única que más oscura y los truenos mucho más fuertes qu'estos... ¡ah! aquéllos sí qu'eran tiempos bravos... ricuerdo una noche que salimo a recorrer el campo con Salvador, el cuñao de mi compradre el finao Benítez, qu'en paz descanse...

Graciela alerta, lo frenaba en su digresión.

—Me parece que no e'eso lo que andaba por contar ¿no?

Don Remigio, paciente, hacía caso a la observación.

—Me acordé que se había quedado la guacha afuera, me metí el poncho y salí a buscarla.

—Pero Tatita...

—Sí, ya sé, mocosos pavo; era otra guacha, la agüela d'esta qu'era muy parecida. Lo cierto es que cuando estaba por llegar ví un bulto grandote entre las chircaas, me arrimé y ayí nomás, metido entre el barro m'encuentro con un paisano muerto.

—Sí... n'oyó?... muerto, bien dijunto. Pero lo raro 'el caso era la vestimenta. Tenía un poncho grandote todo colorado, las botas eran coloradas también y hasta el chambergo era colorado. La cara era fierasa; de las orejas puntiagudas le salían unos pelos negros del grandor di'un dedo 'e largos, y los colmillos parecían los di'un león.

El auditorio de don Remigio estaba atento.

A Graciela, absorta, se le quemaban las tortafritas. Chacho acurrucado casi entre las piernas del viejo, se dedicaba, mientras escuchaba con atención, a sacarse una cascarita de una lastimadura que tenía en la canilla. Mientras tanto Tino, con el dedo en la boca, removía algún pedacito de masa que se había quedado atracado entre los dientes.

—¿Y qu'hizo con el dijunto?

—¿Y qué'iba hacer?, lo dentré pa'dentro y lo puse arriba unos cojinij-

llos; leché más leña al fuego y prendí unas velas pa' iluminar más. Después decidí ensiyar y dir a l'estancia 'el vasco Barrandeguy, padre d'este «patimetro» que quedó con los campos a la muerte 'el viejo...

—Siga Tatita, siga, —y se arrimaban para escuchar mejor y para estar más lejos de la puerta; no fuera cosa que...

—Cüeno, agarré las jergas y salí a ensiyar el picaso...

—¿Este mismo picaso?

—No, el agüelo.

—¡Ah!

Entonces Chacho preguntaba ansioso, tironeándole desde abajo la bombacha a don Remigio:

—¿Y el agüelo de Vichero n'ostaba?

El cusco al sentir su nombre, pegó dos o tres ladridos y se arrimó gruñendo a la puerta, como desafiando a un enemigo invisible.

—Si, m'hijo; ahora que me acuerdo, seguro qu'estaba, y con los otros cuzcos ladraba mucho —le respondió el viejo, rápido, enhebrando una mentira al galope—. Cuando llegué and'estaba el picaso y lo fui a cinchar, lo que nunca, le mañerió a la cincha y me largó un mordiscón como si yo tuviera algo en las manos...

—¡Seguro!, agarrando muertos, —comentó Tino y miró con desconfianza las manos del viejo.

—Cuando terminé d'ensiyar volví al rancho p'agarrar el chambergo. Al dentrar nomás me julepié; las velas y el fuego estaban apagados y n'el borde del catre, muy sentado, con toda la cabeza iluminada, como si fuera una luz mala, estaba el dijunto.

—¡El dijunto!! —y temblando, con los ojos muy abiertos, sin hacer ruido, se acurrucaron más.

—Por abajo'el poncho le salía una cosa larga...

—¡Un facón!... pa'matarlo a usted... —le gritó Tino para prevenirlo del peligro.

—Qué facón ni que nada, ¿saben lo qu'era?: un rabo, un rabo machazo 'e grande... así, lo menos... y lo movía como un perro.

—¡Avemariapurísima! —exclamó Graciela, y por persignarse muy ligero, se le cayó el plato de tortafritas.

—En es'ostábamos cuando veo que me hace señas y me dice con voz ronca: ¿no me dá un matecito, compadre? Del frío que hacía esa noche las manos me temblaban, y el mate que le había cebado se me chorrió todo. En eso ví que el rabo se movía con más fuerza y no aguanté más. ¡¡MANDINGA!!; grité, y salí corriendo. Al pasar por donde él estaba, me agarró del pelo, de aquí... —y se señalaba el mechón— y mientras me sacudía me dijo: «Pa' que aprendás a cebar», y me dió con el rabo un chicotazo en las patas. Después, en la puerta, con los ojos como brasses me volvió a decir: «Yo ví volver pa'enseñarte»; y se disolvió en una polvadera.

Los gurises, agarraditos de la mano, mudos, miraban al viejo que poseionado de su mentira también estaba nervioso.

Los truenos retumbaban con más fuerza y el viento huracanado, que hacía rato zangoloteaba a la única ventana del rancho, terminó por abrirla y apagó la lucecita del candil; sólo quedó la claridad temblequeante del fuego interrumpida por el resplandor de algún relámpago.

En la puerta resonaron dos golpes. El cuzco se desgañitaba, pero sin arriarse mucho.

—A ver Tino, vaya usted pa'ver quién es.

—¡No s'embrome! — y se apretujó aún más con sus hermanos. Vichero, detrás de las piernas de Graciela, seguía ladrando.

Don Remigio se levantó despacio, finziendo tranquilidad; y agarró el talero como al descuido. Del otro lado de la puerta alguien gritaba alargando las palabras: «Güenas noches». Cuando abrió, una sombra se revolvió por entrar.

—Güenas... — contestó el viejo, receloso; pero no se ladeaba para darle paso.

—Ya no te acordás quién soy?, ¿no te dije que iba a volver pa'que me cebaras un amargo? A ver... psrate... a ver si aura me conocés...

Y del hueco de la mano le brotó un haz de luz.

El viejo dió un paso atrás bamboleándose como borracho; el pucho pegajoso que por milagro llevaba encendido, le resbaló despacio por la boca entreabierta.

Una cara iluminada, deforme con unos colmillos negruzcos de tabaco, lo hacía muecas desde el hueco de la puerta.

—¡Animas del purgatorio! — alcanzó a balbucear, y arrastrando las piernas trató de ir junto a los muchachos que hacían cruces con los dedos.

—Pero Remigio... ¿qué te pasa?... ¡tas loco!... no te dije que si yovía al riereso me quedaba aquí...?

Don Remigio dió media vuelta y avanzó la cabeza, entornando un poco los ojos.

—¡Oh! sos vos Salvador... ¡pucha que suerte!... te confundí... ¿sabés?... Entrá... entrá...

Salvador tiró el poncho sobre un banco y guardó su linterna.

La cara del viejo rebosaba alegría, contento de que «aquello» no hubiera sido verdad.

—Entrá... vení... comete unas tortafritas...

Vichero aún seguía ladrando, asomaba el hocico por debajo de un ropero y mostraba los dientes, amenazador.

UN REENCUENTRO

por
María I. de Giuda

—Eh, Luis, ¿de dónde vienes Luis?

Me había alcanzado al galope y en aquel caballo tostado, tan grande y reluciente, su cuerpo se revolvía para igualar con los míos los pasos de la bestia.

La calle encharcada y la vereda herrumbrosa y húmeda. Y así andábamos.

Con la canasta enorme llena de carne, él, peoncito, repartidor. Pero me clavaba los ojos, siempre negros y chispeantes y enderezaba su cabeza revuelta y yo debía creer: peoncito no, carnicero. No me había contestado, no me había preguntado nada. Le bastaba haber galopado hasta alcanzarme.

Nos mirábamos de vez en cuando, como mirábamos la calle para guiarnos.

Sentía que me observaba desde aquel caballo como desde una torre encantada, pero la condición de maravilla la deshacía la canasta de carne. El lo presentía y arrugaba la frente.

Mirando la canasta, me atreví a preguntarle:

—¿Vas al matadero, entonces?

—Sí, y va Simois también. ¿Se acuerda de Simois?

La voz le salió un poco ronca y endurecida.

Yo lo miré y él me miró sufriendo.

Su contestación era un justificativo a su trabajo y una duda a mi memorar. ¿Tan ocupada estaría yo para no recordarlos? Le molestaba desconocer lo que yo hacía. ¿Y para qué saber?

Tiró bruscamente de las riendas. Me hizo una mueca torpe seguida de una mueca antigua. Yo reí y él rió también. Era el mismo Luis actuando de Luis que trabaja.

El caballo seguía pesado, lento, lento.

Quiso detenerse frente a muchas puertas. Esperó a que Luis gritara: Carnicero!! Pero Luis seguía mudo. ¿Cómo iba a gritar?

Esbozó una sonrisa, allí arriba, y balanceó su cabeza renegrida.

No me haría el gusto de oírlo pregonar.

Entonces le dije:

—Alguna vez eras niño Luis, tan delgado y tan malo contigo como ahora.
¿Por qué estarías marcado para sacrificador tú?

—Vd. se asusta de nada. Mire...

Y quiso contar.

—No me digas. ¿Para qué quiero saber cómo matas?

Y él porfiaba y porfiaba:

—Le digo que no sufren nada, le digo que no sufren.

—Ah Luis, muchachito!

—¡Bah!

Se puso dos dedos en la boca y silbó.

Después rió de mí que nunca he aprendido a silbar así. Y de lo que me dijo doblado sobre el caballo, despacito:

—Bruja, bruja.

Se agrandaron sus ojos y me siguió mirando:

—Bruja...!

Le alargué la mano hasta estar de nuevo iguales.

En ese descubrimiento nos encontramos mucho tiempo atrás. Luis no tenía caballo ni canasta de repartidor.

Me esperaba algunas tardes escondido en el molino viejo. Después de darme un susto, al que yo debía responder para evitar enojos, me hacía entrar y en esa su residencia predilecta, trataba de enseñarme los secretos de todo lo que allí vivía.

Me obligaba a estar muy quieta, ya que de ese modo ni atemorizaba a sus bichitos ni perdía detalles de sus movimientos.

Un laurel crecía aún contra el paredón. Luis lo escalaba hasta llegar a los nidos de las palomas.

Bajaba cuidadosamente dos o tres huevos para que los viera y volvía a ponerlos como los había encontrado, pues de lo contrario no saldrían los pichones.

Yo dudaba de todo y entonces sus ojos chispeaban y le gritaba a las palomas golpeando las manos:

—Bruja, a la bruja!

Y empezaba a correr con los brazos abiertos en el caserón lleno de arbustos y de palomas y a reír muy fuerte, mientras las aves se espantaban enloquecidas de una pared a otra. Cuando todo era nube y parecía interminable aquel zumbido de alas y su carrera y su risa ahuyentadora, se quedaba muy quieto en un rincón opuesto a donde yo estaba. Sacaba de algún bolsillo migas y migas de pan y silbaba mucho rato hasta que todas las aves descendían a picotear su merienda. Daba vueltas en torno a ellas y me buscaba de reojo.

Se acercaba entonces silencioso y decía sin mirarme:

—¿Ve qué mansitas son?

Como yo no contestaba me mandaba:

—Tome, déle estas migas.

Yo lo seguía en dirección a las aves y él agregaba:

—Son las últimas; las guardé para que Vd. se las diera.

Pero en mi afán de dar, hacía huir. Luis, burlón, me reprendía:

—Si no sabe dárselas. Así, así, no ve que las está espantando?

¿De dónde le nacía la suavidad? ¿Cómo sabía conjurar sus ademanes, llevarlos a la locura o dejarlos al instante en mansedumbre?

Yo quedaba ridícula en esa ronda del niño y las aves, en esas relaciones simples, que por tan simples ya eran mágicas. Me retiraba avergonzada a mi sitio y permanecía inmóvil, para que ese círculo de seres y de cosas libres pudiera realizar su misterio naturalmente.

Ahora sé a qué me llevaba Luis al molino viejo. En esa maraña de plantas y de animalitos, donde el orden del hombre estaba demoliéndose ladrillo a ladrillo, él me quería conquistar para el instinto, quería ingresarme en esa comunidad de individuos que viven su locura en éxtasis y en furia. Luis sabía la maravilla de vivir todos los días, de sol a sol, sin resquebrajamientos. Eso tenía que suceder, entrando allí, después de someterse involuntariamente a un brebaje de aire húmedo y a un alceote de pájaros trashumantes que pasaban rozando los ojos.

Cuando debíamos irnos doblaba y desdoblaba las manos y se ponía serio, muy serio. Pensaba hasta enojarse y entonces, furiosamente me dejaba:

—Tengo que ir a buscar la vaca.

Se perdía en la primera esquina para que no pudiera verlo más, así, delgado, con las zapatillas llenas de bigotes y los pantalones demasiado cortos. Se perdía para que me quedara dudando dónde iría en verdad.

Al otro día Luis no venía a buscarme.

Pasaban semanas y no sabía de él.

Alguna tarde volvía y nos situábamos en nuestro espacio y el tiempo nuestro era como si nunca hubiera sido cortado. El tiempo nuestro sucedía cada vez que nos encontrábamos. Entonces, íbamos al molino viejo a dar alimento a las palomas.

Y me preguntaba dolorido:

—¿Por qué Vd. no puede aprender a darles de comer?

El sabía por qué. Yo pertenecía a otro mundo. Y él estaba empeñado en conquistarme.

Nadie explicaba nada.

Ambos sabíamos demasiado y todo.

A veces me llevaba calle abajo hasta que el pueblo desaparecía. Cruzábamos tres alambrados de púas para llegar a la colina más verde.

Y allí nos sentábamos a merendar la luminosidad del día. Permanecíamos mudos, persiguiendo el fantasear de cada mariposa sobre las flores azules y pálidas. Un pájaro cruzando hacia nosotros quebraba el regocijo de esa serenidad y Luis preparaba su honda, frenéticamente, mirándome para que yo le obligara a guardarla.

Le pedía:

—Luis, déjalo.

—Si me estorba...

Era su respuesta. Y la piedra salía silbando endiablada y certera hasta voltear el pájaro. Luis corría a levantarlo, corría destrozándolo y lo buscaba entre los tuyos con toda su figura hecha un incendio.

Yo escapaba entonces, cortaba por cualquier atajo el campo entre los gritos de Luis que me había descubierto.

—Venga, venga, está lastimado en la patita!

—Venga, está sorda! Sordas!!

Pero no intentaba alcanzarme tampoco. Cuidando de su pájaro, lo sabía detrás mío hasta que llegábamos a alguna calle del pueblo. Después, me escribía varios días seguidos comunicándome el estado del pájaro. Cartas en las que cabía nada más que eso.

Yo no contestaba, pero él sabía muy bien mi respuesta:

¿Por qué herir para después curar?

Cuando el pájaro sanaba, lo libertaba y venía a verme.

Mucho tiempo ha pasado sobre todo. Ya no tendría existencia un recomenzar el círculo hechizado.

Levanté la cabeza y encontré la canasta enorme y después los ojos de Luis.

—¿Qué estaba pensando la bruja?, —me silbó torciendo la risa.

—Todo lo que tú estabas pensando también.

—Ah, no diga más.

Y haciendo una mueca, agregó:

—Chst...

En aquel caballo tan grande, su figura se hacía delicada y contradictoria.

Sentía que estaba feliz por ese recordar callados las cosas que no se habían clausurado nunca y a las que no habíamos agotado reviviéndolas.

Pero ahí estaban muchas puertas que esperaban su llamado y la canasta intacta.

El la vió de pronto pesándole el brazo y le relampaguearon de insultos los ojos.

—¡Mentirosa! ¡Mentirosa!

—Sí, nada era verdad de aquel vivir y ni imaginado había sido siquiera.

No quedaba otro lugar que la mentira para poder ser en paz carnicero.

Doblé en la esquina sin mirarlo y lo escuché emprender un galope despiadado para hacer a la inversa el reparto.

TERCER PREMIO

EL CABALLERO DON GAIFEROS

(CUENTO DE TITERES)

por

Mercedes Ramírez

Hay una cosa que no se puede discutir: hay títeres que parecen hombres. Y uno no sabe si es por las caras, por lo que dicen o por lo que hacen.

Don Gaiferos trabajaba en un teatro de un metro cincuenta de alto por tres de ancho y se movía cuando le tiraban de los hilos que tenía atados a las rodillas y a las manos.

Las dimensiones del ambiente y aquellos hilos que él detestaba, eran los únicos indicios que se tenían para decir que Don Gaiferos era un títere.

Sin embargo, una expresión de tristeza disimulada, un desencuentro entre lo que hacía y lo que parecía que iba a hacer, y una irreprimible atmósfera de soledad que lo envolvía siempre, hacían pensar que Don Gaiferos era un hombre.

Claro está que no toda la gente se daba cuenta de eso. Nada más que los niños de corazón muy puro porque son buenos como los títeres y el titiritero porque tenía el corazón muy amargo y era malicioso como Dios. La gran mayoría de las personas mayores pensaba que Don Gaiferos era una marioneta bien construida... eso, sí. Así, pues, eran su vida y su trabajo: unos le veían los hilos; otros le veían el gesto de hombre. Pero como Gaiferos se veía desde adentro, se veía las dos cosas y se empezó a sentir cada vez más inteligente y claro está, le empezaron a molestar los hilos. Él no se dió cuenta en seguida, porque este proceso de su odio se fué, incubando despacio, cada noche, durante meses, mientras discutía con Roldán, liberaba a Melisendra y peleaba contra los moros. Cada vez que se cerraban las cortinas de paño verde, se daba cuenta que su asco por los hilos había crecido un poco más, y se entristecía. Pero como ese asco lo hacía sentir más inteligente, alentaba su rebeldía frente al titiritero invisible, que él creía ingenuo.

Nunca supo si la culpa la tuvo Roldán o Melisendra, porque con uno se cansó de discutir, con la otra se cansó de amar.

Así le empezaron a molestar los hilos. ¿Para qué discutir por la espada

Durandarte con un muñeco estúpido?». «Mejor sería quedar callado para demostrar que lo desprecio». Esto lo pensaba Don Gaiferos en la primera parte del romance. Pero aquellos hilos que le daban un tirón exacto chiquito y vibrante en los brazos lo hacían parecer gesticulante y convencido de la importancia de la espada Durandarte. «Oh!... aquellos hilos».

No obstante fué más triste lo que ocurrió con la bella Melisendra. Porque antes la había amado inocentemente, fuertemente, sin darse cuenta de los hilos. La había amado porque sí, que es la única razón del amor entre los títeres y entre los hombres. La había elegido entre otras siete muñecas sin que hubiera un motivo visible para los demás y la llevaba como una musiquita tristemente dulce en el corazón.

...Y a veces quería regalarle una campanita de oro y a veces una mariposita muerta. Y se sentía valeroso dentro de su coraza de hojalata y al mismo tiempo quería que ella le tuviera lástima. La amaba tanto que no sabía decir más que dos palabras: te quiero. Un día se dió cuenta que los ojos de Melisendra eran de estuque color celeste idiota.

Y una noche que la cabellera era de una fea seda amarilla. Pero se construyó una pequeña teoría sobre las cabelleras y las miradas de la mujer que uno quiere y salvó su amor.

Pero todo se empezó a acabar aquella vez que se dió cuenta que para expresar algo tan íntimo, tan débil y solitario como es un amor perfecto, había que levantar los brazos que tiran dos hilos convencionales.

Y los odió y los despreció porque le hicieron olvidar a la bella Melisendra que se iba quedando cada vez más parecida a la torre de Sansueña. «Oh!... aquellos hilos».

Pero cuando comprendió el mecanismo de su desamor, amó su inteligencia que era el motor del mecanismo.

Evidentemente, no era un títere cualquiera. Ya despreciaba a Roldán y olvidaba a la bella Melisendra.

Iba perdiendo la frescura de los sueños y la inocencia del corazón. Iba dejando de ser títere.

Y así se atrevió a juzgar al titiritero invisible. Se comparó con él y encontró posible el desafío. Aprendió el arte difícil de resistir con brazos de aserrín las sollicitaciones urgentes de los hilos del titiritero. Y lo fué consiguiendo.

Pero los niños que todo lo adivinan, vieron que había perdido el don de la gracia que se ignora a sí misma.

Don Gaiferos el rebelde, estaba satisfecho. Solamente le inquietaba el silencio y la indiferencia del titiritero que nunca había visto.

A pesar de que un teatro de títeres —así mida un metro cincuenta de alto por tres de ancho— es un mundo mágico y misterioso, sería aburrido contar todo el proceso del caballero Don Gaiferos contra el movedor de los hilos. Pero el epílogo de esta historia que en el fondo es una titiretada, tiene un germen de enigma que a veces me hace pensar...

Sucedió que Don Gaiferos se liberó de los hilos. El dice que los dominó. Roldán dice que el titiritero con una sonrisa rara cortó los hilos y se fué a acomodar la cabellera de seda de Melisendra. Gaiferos quedó libre, pero en vez de quedar desafiante y erecto como había pensado, cayó sobre las tablas de

una manera grotesca.

Y hay un nudo de brazos, piernas. Durandarte y bojalata y Gaiferos no acierta a deshacerlo. Se rompió la nariz y de entre la cáscara desgarrada de papel maché, se escapa un torrentillo de aserrín. Nadie sabe lo qué piensa el titiritero.

De Don Gaiferos se sabe que está melancólico y alguien, malicioso, dice que está arrepentido.

Se discute si es que añora los hilos, la simplicidad de los tiempos de Roldán, su plenitud de corazón bajo la torre de Sansueña o simplemente, los ojos celestes de Melisendra.

Esta historia carecería de importancia, si se piensa que Don Gaifero era sólo de papel.

Pero a veces sucede lo mismo en otros teatros de mucho más de un metro cincuenta de alto por tres de ancho.

Y entonces hay otra cosa que tampoco nadie discute: LOS TITIRITEROS NUNCA HABLAN.

JUICIOS SOBRE LOS CUENTOS PREMIADOS

EL SUSTO

En «El susto» está captado lo permanente de la vida en nuestras chacras. La vida honda, de apacible superficie, que un hecho agita brevemente y que, de nuevo, se arremansa. Las chacras son de las que lotean las inmediaciones de la ciudad y los poblados, con omnibuses que corren por la carretera distante unas pocas cuadras de las casas. El camino largo de quince cuadras, retiene la angustia del que llega, si lo trae. Y Rudesindo la trae. Todas estas importantes cosas pequeñas tienen su significación para el autor, que ha tenido la audacia afortunada de trascenderlas a la literatura. El sabe contar lo que se ha propuesto y lo escribe con sencillez y sencillez. El hecho de que haya extraído su tema de las zonas más simples y generalizadas de la convivencia humana, ilustra acerca de la fuerza que tiene como escritor. Lo recomiendo, sin vacilaciones para el primer premio.

D. T. P.

Una verdadera poesía, fresca y natural, que nace de la verdad humana de los personajes, surge de cada página de este cuento en el que con toda limpieza de intención, y sin más artificio del que es natural al arte, se plantea y desarrolla una situación trivialísima, profundizada por la ejecución. Con encantadora naturalidad la angustia de Rudesindo centra el cuento, haciendo vivir a su alrededor a los otros personajes, a las cosas, al paisaje. Pero no se trata de una angustia elaborada intelectualmente, sino realmente vivida por el personaje y limpiamente comunicada al lector. Es una angustia sin náuseas y que no produce náuseas. El autor hace ver a sus personajes, innegablemente auténticos, en la totalidad de su ser físico y en la inocencia de su ser espiritual. Finalmente: el diálogo, bien construido, llevado directamente a su fin, se elabora con el lenguaje realmente hablado hoy en el campo, sin incurrir en los convencionalismos habituales de nuestra literatura.

A. S. V.

Es este un relato de verdadera pureza. En él se ve un alma delicada y profunda. Tiene la unidad de una palabra evidente que se dice casi sin pensar, porque se cae de puro madura. El encanto de su estilo radica en que no se ha querido tener estilo, sino contar simplemente como suceden las cosas reales cuando se tiene un lápiz en la mano. Por eso su realismo no surge de un propósito literario sino de una fundamental inocencia frente a la naturaleza y el arte. La descripción del hombre caminando es de una extraordinaria vivacidad y frescura; las ideas y recuerdos que lo atropellan contribuyen exactamente a la angustia de la marcha. La situación final tiene la ternura y el encanto de las verdades sencillas.

G. C.

Gorki sostuvo alguna vez, que para hacer un cuento no debían olvidarse cuatro cosas: la descripción del ambiente, los diálogos, la anécdota bien motivada, y finalmente la incursión oportuna del escritor, al hacernos tomar contacto con el alma de su personaje. No basta sin duda el empleo de todos estos elementos ya clásicos, para hacer un buen cuento, y es seguro que aquel gran escritor ha querido indicarnos solamente, el esqueleto o los cimientos sobre los cuales debe asentarse este género literario. No sé si el autor de «El susto» tuvo de antemano en cuenta estas cosas. Por mi parte opino que su trabajo registra el empleo de todos esos elementos, armonizados y graduados de manera tal, que concurren a la formación de un gran cuento. Cuando uno percibe el motivo y la urgencia de Rudesindo por llegar a sus ranchos, donde va al encuentro de una posible desgracia, no espera un tratamiento de las emociones del personaje, como el que allí se nos presenta. De primera vista, la situación parece reclamar un clima y un estilo tensos, en los que debía encerrarse toda la ansiedad de Rudesindo en esos momentos. No obstante, el autor —fiel siempre a su personaje—, lo echó a andar delante suyo, y no se dejó fascinar por esa idea, que bien pudo aparacersele como de una mayor eficacia literaria. Rudesindo comienza a desplazarse desde la carretera, y encontramos que sus emociones están contenidas, o mejor dicho, se amortiguan en detalles y reflexiones casi imprevisibles. Estimo que esto inviste al personaje de una calidad humana y literaria francamente elogiables, y que el cuento todo, nos promete a un escritor.

L. F.

La más destacable virtud de este cuento se encuentra en su admirable moderación. El personaje tiene algo de «hombrecito». ¡Qué verdaderas las imágenes infantiles que acorren a este alabado corazón, en medio de su opresión presente! Y del mismo modo, entre los honrados detalles charreros y entre las angustias de las reflexiones, ese pensamiento de que la cañada está linda, y un domingo de éstos él vendrá a pescar. Todo es excesivo para este personaje: su presentimiento, su dicha, su esposa, su hija. Al final, el cuento se hace casi aéreo, por su limpidez afectuosa, por su misterio reposado y natural.

D. L. B.

UN MATECITO

Por la vía de la tradición oral sigue circulando hasta las jóvenes generaciones, la historia de espantos, arraigada en nuestra campaña, con sus aparecidos, lobizones, mandingas emponchadas, mulas voladoras, gallinas zicotes, etc., etc., con su escuela de viejos decidores, de gurises crédulos, de víctimas mentirosas y cuzcos que con sus lamentos reticentes mantienen la sospecha de que hay brujas aunque no se crea en ellas. Entre los varios trabajos de este tipo, escojo el titulado «Un matecito», el único narrado. El abuelo pescador, los gurises, el diablo traído en arcos de una antigua conseja, arretratos en torno al fogón del rancho, en un atardecer lluvioso, tienen, pese a su vejez, el encanto, la vivacidad y la sorpresa que le comunica la calidad de la pluma que los describe.

D. T. P.

Una perfecta adecuación entre la intención del autor y la ejecución, hacen de este cuento uno de los más logrados del concurso. Con toda destreza narrativa es conducida y comunicada intensamente la ingeniosa anécdota. Con cierta picardía literaria, sostenida con naturalidad y sin esfuerzo, el autor se coloca en la tradicional situación de «narrador de fogón», pero desde ella sabe ver a sus personajes, creándolos con veracidad y fuerza plástica. El juego de una ficción que parece convertirse en una angustiosa realidad, para diluirse finalmente en una situación naturalmente explicada, está ejecutado con verdadera maestría. Y es la fuerza de esa misma ficción, que los personajes conocen como tal, pero que los gana enteramente, la que comunica verdad humana y poética al cuento. Hay, además, verdadera agudeza y finura en los detalles con que se crean el clima y los personajes, que revalorizan un cierto convencionalismo literario que podría reprocharse en la inicial intención del cuentista.

A. S. V.

Este cuento nos presenta una acabada pintura de ambiente. Los personajes, dentro de ese cuadro, están muy bien vistos y revelan a un buen captador de tipos, condición muy importante sin duda para un cuentista. Entiendo, sin embargo, que el tema en sí no puede rendir mucho, pues con él el escritor elude de antemano un compromiso hondo con sus propias criaturas. La forma casi risueña —aunque hábilmente graduada con una pizca de dramatismo— en que el cuentista resuelve el asunto, es natural, y está requerida por ese cuadro pintoresco y grato que componen los niños y el viejo Remigio, y donde hasta el perro es un personaje. Como referencia que estimo elogiosa, pienso que «Un matecito» nos recuerda algunos de los buenos cuentos de Javier de Viana, donde éste no se preocupaba mayormente por levantar un gran personaje —en muchos cuentos los tiene— sino que jugaba, diríamos, con las cosas y seres que él tanto conocía y amaba.

L. F.

La vulgaridad de la anécdota nunca es vulgar en la verdadera literatura que la recrea y la sueña. En este cuento la misma vulgaridad es el peligro que agrega encanto al relato por el ingenio con que el autor lo sortea, pues en el momento en que parece que el cuento, como acción de contar se vulgariza, la narración encuentra su realidad poética. Estas páginas están escritas con más artimañas que arte, pero también esto puede ser el prelude de la verdadera creación. Hay aquí limpieza, gracia y dominio de la materia. Los personajes no están verdaderamente creados; sin embargo, esta debilidad les da una especial ligereza para vivir ese mundo familiar de las inocentes mentiras.

G. G.

Se siente, sobre todo, el sentimiento de alegría con que el autor ha mirado los seres y cosas de este rancho. Lo que podría llegar a verse como miserable, es aquí inocente. La levedad del humorismo, los detalles patentes de frescura, comunican a la narración un sentimiento de lirismo verdadero porque nace del goce de las cosas y del amor a las criaturas.

D. L. B.

UN REENCUENTRO

En este cuento la vida está solicitada más bien que transformada por el relato. La autora no guía a su personaje, sino que está frente a él viéndolo vivir y crecer. Luis es la figura que tiene más «duende», como diría un español, de todo el concurso. Pese a toda su capacidad de cariño volcado sobre Luis, para intuirlo, sólo logra bordearlo y sostenerlo tiernamente sobre un impenetrable fondo de crueldad, instinto o amor, que otorga al personaje una libertad de cosa orgánica y viva. La escena de las palmas tiene la misteriosa sencillez de un acto natural y mágico.

G. C.

Hay algo no resuelto en este cuento. ¿Qué quiere esconder Luis, ya hecho un joven? Por momentos parecería que en ese encuentro con su ex-amiga, le molestara su condición de humilde repartidor; pero también puede creerse que sólo existe el empeño de desmentir a ésta —o disimularle— la supuesta crueldad que implica su oficio. Salvo esto que anoto, y alguna expresión —muy pocas— como, por ejemplo: «Era el mismo Luis, actuando de Luis que trabaja», expresión que está fuera del tono espontáneo y bien madurado que guarda todo el cuento, no hallo otras objeciones. Sobre todo en ese pasaje en que se produce el reencuentro, que tan bien justifica al título, pasaje en que se nos relata la infancia de Luis, este trabajo adquiere verdadera calidad. Es sin duda, esa parte, la más medular, y se advierte que el encuentro de los personajes —muy bien descrito— está al servicio de esas páginas, donde la autora nos revela el hondo compromiso que mantiene con su vocación de escritora.

L. F.

De los cuatro cuentos premiados, quizá sea éste, el que muestre una mayor hondura en el material con el que se ha trabajado. Parece surgir de una experiencia profundamente vivida, y trasluce una evidente preocupación por ciertas zonas profundas y oscuras del alma humana. La historia de los personajes se revela entera en el breve encuentro, que es realmente un reencuentro, en que la memoria objetiva sin agotar el recuerdo. No obstante la realización parece indicar la presencia de un narrador principiante, que no logró hacer rendir totalmente el tema propuesto.

A. S. V.

«Reencuentro» es un acierto por la elección del tema y del tipo, y porque ofrece un atisbo feliz del medio que los crea. Aventajando los otros en la expresión narrativa que, por simple que sea en «El austro» y en «Un matecito», tiene el sello de la intención literaria de sus autores. El tema de este cuento recoge una experiencia personal. Las calidades que encuentro en él tal vez sorprendan a su autora. Pero yo estimo la virtud del escritor que trabaja con elementos que sugieren sin limitación. El tipo del protagonista no es de los viables por su pintoresquismo, ni de los fraguados por la sensiblería fácil; es

da bajo los aspectos más inocentes en nuestras sociedades rioplatenses. Es el resentido por su condición humilde que, tarde o temprano formalizará sus ansias de evasión, proponiéndose hacer plata. De que la haga o no, nos informan costumbrismos locales en los que tendrá que abreviar algún día la literatura nacional. Y porque creo que en las breves páginas de este cuento está el germen de esto, lo elijo con entusiasmo y lo señalo como modelo de experiencias.

D. T. P.

No es del todo nítida la iniciación de este cuento, y el problema central está aclarado más intelectualmente que por la visión misma de las situaciones. Consiste éste en el mundo estético del instinto extraño en sus crueldades, pero más seguro que el de las verdades aprendidas. No obstante, ¿en qué se resuelve Luis, el personaje principal? La escena de las palomas está llena de belleza y sentido. Seguidamente las situaciones van decayendo. Cabe señalar también en el estilo de esta autora, una profundidad y elegancia, que alterna en una misma medida, entre necesidades verdaderas y un pre-concepto sentimental.

D. L. B.

EL CABALLERO DON GAIFEROS

En la elección de «El Caballero Don Gaiferos» prima el sentimiento sobre el juicio exigente. Quiero señalarlo por lo titiriteco precisamente, y porque, habiéndome provocado entusiasmo desde el comienzo de su lectura, ésta al fin no me defraudó. Me gusta esa mezcla de teatro grande y de teatro chico, de vida terrena y de la otra. Está escrito en forma amena y con un tono poético que se origina en la relación, discrepante en ocasiones, del tema profundo y sus formas expresivas.

D. T. P.

De este relato se desprende a la vez una delicada dulzura y una real melancolía. La autora sabe sortear los esquemas fáciles de la alegoría que apenas se atisba como una resonancia poética. Los personajes tienen la irrealidad del recuerdo de un sueño y de un juego. Por eso el cuento no muestra realmente las cosas, las piensa y divaga por ellas. Hay sutilezas de pensamiento sorprendentes. El comentario final si bien muy exacto en sí mismo, quizá apura demasiado la moraleja que el relato delicadamente soslaya.

G. C.

Está escrito con mucha inteligencia y sensibilidad, pero, a mi juicio, y empleando palabras de don Antonio Machado, está «más pensado que intuido». El autor domina la materia que trabaja, pero el cuento está más contado «desde» el autor que «desde» Don Gaiferos. Está bien escrito y abunda en aciertos; por ejemplo: «a veces quería regalarle una campanita de oro y a veces una mariposita muerta», «... pero los niños que todo lo adivinan, vieron que había perdido el don de la gracia que se ignora a sí misma». Creo, sobre

todo, que el autor descubre en este cuento sus posibilidades para un género literario que aún no había frecuentado. La obligación, no siempre grata, de decidirse y elegir, me impuso la postergación de este cuento, al cual no voté para ningún premio, pero que tiene cualidades para ocupar el puesto que el jurado, por mayoría, le asignó.

A. S. V.

Dentro de su pequeño marco constituye una deliciosa peripecia. Claro está que cualquiera puede ver en esta esclava libertad de Don Gaíferos una fatalidad de naturaleza y escenarios superiores. Tal simbolismo es frecuente en literatura. Ello no impide, en cambio, la gracia con que aquí se manejan los hilos, y esa tristeza de «figurita» que nos hace sonreír apenados.

D. L. B.

En este cuento, la convención de que los títeres representan a seres humanos, va hilvanando una bien graduada e inteligente alegoría, de la que, finalmente, y siempre en el plano de las ideas, podríamos extraer una conclusión bastante escéptica respecto a la naturaleza humana. Dentro de las extensas y fáciles posibilidades literarias que crea esa convención, el cuento está muy bien hecho, y sin duda, sagazmente llevado hacia los límites que esa convención, permite.

L. F.

LA MANO DE NIEVE

por

Maria Inés Silva Vila

Descendió la escalera rápidamente, ajena a los dos ascensores que subían y bajaban como si no pudieran detenerse nunca.

Quería salir de una vez, disponer de su próximo e indeciso cadáver como se le antojara. En realidad, nada más que eso había sido siempre, una muerte vacilante, una estatus equivocada.

Ya estaba en la calle. Frente a ella, se levantaba la figura cenicienta del Convento, con sus aprisionadas ventanas tras las rejas y los supuestos hábitos tras las puerta cerradas, deslizándose apenas por los patios abiertos, donde seguramente la luna iluminaba con un significado distinto.

Por un momento permaneció dentro de ella, nítida, la imagen del hombre dormido. Después, la borró un gato trepado a un balcón, un gato verdadero que arañaba la cara de un muerto que había visto de niña.

Al lado del Convento, una casa desierta encendía sucesivamente las ventanas del segundo y tercer piso, aparentando inútiles fantasmas en quienes nadie creía. A su frente, notorio, declaraba su culpabilidad un inocente letrero luminoso.

Un auto amarillo, largo, fatal, estrecho como un ataúd, volaba hacia ella con un chófer sin cara, a través del gato y del muerto, con las cuencas de los faros todavía apagados, acercando más y más el ronco zumbido que de pronto le pareció una queja —tal vez un grito— hasta que lo sintió correr sobre ella como una afilada estría.

Detrás del auto, la imagen del hombre en la cama relampagueó, se hizo súbitamente presente, estuvo real y dolorosa por un instante y se borró en seguida.

Sintió levantarse como catedrales oscuras, como enfiladas sombras; como santuarios de agua en el crepúsculo; por un momento creyó presentir una arboleda en el horizonte.

La procesión estaba detenida. Había aparecido de pronto, bañada de ceniz

na, con sus empalidecidos estandartes y los pequeños santos que llevaban los fieles. Debía ser una fiesta importante: Corpus Cristi tal vez. Pero no podía recordar en qué día vivían, ni siquiera en qué mes. Sabía vagamente que había estado esperando el mes de su cumpleaños —noviembre— pero lo cierto es que podía haber pasado o no haber llegado todavía. Por otra parte, el día era demasiado gris para ser de noviembre.

Las casas, polvorizadas e iguales, parecían próximas a caer definitivamente.

Cuando volvió a mirar las imágenes intentó reconocer en ellas algún santo, pero permanecieron totalmente extrañas e inesperadamente terrenales.

De niña había visto muchas procesiones desde abajo de su mantilla blanca, consciente de las manos enguantadas y el vestido dominguero, pero ninguna se parecía a ésta, en que ni los mismos sacerdotes tenían caras de sacerdotes y las imágenes eran tan numerosas como los creyentes, obstinadamente inmóviles y silenciosos. Recordaba claramente los cantos de aquellas viejas procesiones; sintió ganas de entonar alguno nuevamente.

Fué entonces, cuando creyó ver entre aquella gente la cara de su padre muerto; llevaba también un imagen. Se sorprendió al reconocer en ella su antigua cara de niña.

Pensó que debía terminar con todo, con el hombre dormido, con el hombre leyendo el diario, con el día igual al otro día, con la botella, el vaso, el falso cementerio y la pequeña muerte.

Pero en su vislumbrada cara de niña encontró el recuerdo de la quinta, cuando solamente marcaban el tiempo las visitas de la abuela, las idas y venidas de los hermanos, el sueño y el descanso entre uno y otro juego. En ese entonces tenía siete años y se sentía muy feliz.

Solamente la entristecía de tarde en tarde la llegada de sus primos a los que sin embargo quería mucho. Angustiosamente, sintió perdida la presencia de su padre y de su propia imagen. Hubiera querido mover aquella procesión para recuperarlos, pero el recuerdo la conquistó de nuevo.

Cuando estaba sola, sus hermanos la trataban como a uno de ellos —o así lo creía ella— pero apenas se dejaba ver por la quinta algún chico de su edad —uno de sus primos por ejemplo— los hermanos mayores la humillaban con un trato distinto, alejándola de ellos, imponiéndole interminables juegos. Prefería jugar sola o con «Duende», su perro. Pero un día sus primos se llevaron a «Duende» a la calle y lo trajeron muerto. Ella estaba acostumbrada a lastimarse y aún a estar enferma. A todos en su casa les había pasado, pero a los pocos días volvían a estar como siempre. Un día había oído decir «la abuela se muere». Ella no había entendido bien, pero sabía que era algo terrible aún cuando no la afectaba demasiado: a los pocos domingos la había visto llegar, un poco pálida, pero nada terrible.

Cuando trajeron al perro de la calle fué distinto: ella lloraba sin saber bien por qué, hasta que oyó a su padre que decía: «Pobrecito, hay que dejarlo, ya está muerto». Entonces fué la primera vez que entendió y cuando sus hermanos se lo llevaron ya sabía que nunca más jugaría con «Duende», porque estaba muerto. La palabra muerto tenía en sí la tierra y los pinos del cementerio que había visto de lejos, y las flores que llevaban a veces sin decir adónde su madre y sus hermanas.

Después de ese día le creció por sus primos una pena grande porque aunque lloraban, ella descubrió que no sabían que «Duende» estaba muerto,

Hubiera querido solamente poder explicarles cuántas cosas se agregaban a estar muerto; qué multitud de huecos, silencios y noches se sumaban al hecho de no verio más. Hubiera deseado decirles lo que ella misma no sabía pero que sentía poseer en el fondo de su angustia, que sentía forcejear en ella misma como cosa propia, algo igual a lo que había caído sobre el pequeño «Duende», para matarlo.

Desde entonces, las visitas de la abuela poco significaron ya, los hermanos perdieron su importancia, y los primos parecieron añiarse más hasta merecer su indiferencia.

Ahora sí, tuvo próxima la perdida imagen de su padre con su cara de niña entre las manos. La procesión volvió a levantarse en torno a ella, y el gato, y el hombre dormido, y el aire en suspenso ante los faros con cara de asombro, interceptado por monjas presentidas, cercanas ya.

Con «Duende» había desaparecido el tiempo de la quinta. Sin proponérselo, para no perderlo del todo, se sentó como entonces en el patio, fatigada en su última carrera, con las piernas y el delantal embarrados mirando a la madre que se acercaba con el refrescante y esperado anuncio del baño.

De pronto se recordó crecer, y en su nueva cara de adolescente encontró un bote dado vuelta, una rama que sostenía la luna y que caía sobre el camino blanco que llevaba a la calle. Sacó el espejito redondo —casi no se veía— y anudó nuevamente la cinta del pelo. Después, cuidadosamente, estiró la falda hasta cubrirse las rodillas y hundió las manos en la arena.

Pasó un rato, algo que podía ser el tiempo. El caminito siguió blanco —sin sombras— y en silencio. La rama no se movió y no hubo nube que tapara la luna, que aparecía quieta, como la cuenta vieja de un rosario, en el cielo. Todo estaba detenido, hasta sus ojos estaban fijos en la abertura del camino, por la que no venía nadie. De pronto sintió que todo aquello era irreal, que miraba obstinadamente una fotografía.

Ahora formaba parte de la procesión. El día estaba aún más gris. El cielo parecía pesado, de un ligero color terroso, con reflejos blancos, como la loza. Sólo habían unas pocas nubes desgarradas en forma de raíces que caían, sueltas y finas, desde una zona más alta y más espesa de nudos pardos y cortezas invisibles.

A su alrededor, los fieles se veían también muy extraños con caras como de cartón que no parecían calzar bien sobre los cuerpos, casi flotando sobre ellos. Las imágenes, en cambio, estaban vivas, surgiendo de las manos inmóviles, sin color. Algunas sonreían, otras tal vez lloraran un poco. Y a veces los que reían rompían a llorar y las que lloraban quedaban sonrientes por un tiempo.

No muy lejos, a unos pasos de donde había visto a su padre, percibió la familiar figura del abuelo. Tenía una pequeña cara entre las manos: la carita arrugada y sonriente de la abuela. A veces, la abuela levantaba una mano hasta entonces invisible y la dejaba correr sobre la frente. Después, volvía a sonreír al abuelo. Sin saber por qué, aquello la tranquilizó.

Advirtió que nadie se había enterado de su llegada: no la habían mirado siquiera. Impaciente, buscó los ojos en las caras de los demás; vió crecer las sombras hacia ella y levantó una mano, tocó sus propios ojos y después, instintivamente, los cerró, como para guardarlos.

De pronto, algo pesó en sus manos, y la cara del muchacho que no lle-

gaba quedó frente a ella, más viva, más cercana que nunca, junto al bote y la rama y la luna de significado estricto.

Ella tenía también su imagen. Nada más importaba ya.

Sobre sus ojos, corrió aquel tiempo detenido y perfecto que ella había perseguido.

La casa desierta encendía en ese momento la ventana del segundo piso, en su inocente oficio de aparentar fantasmas. Cuando se abrió la puerta del Convento, varias monjas corrieron hacia el auto amarillo que desaparecía en él entre la gente, y se acercaron a la muchacha —que aún desde el suelo, miraba las cuencas apagadas de los faros— formando junto a ella, un grupo más bajo, arrodillado.

Cuando las religiosas comenzaron a rezar junto a ella, el pequeño grupo de gente pareció más pequeño, apretado en medio de la calle; cuando la mano de nieve dibujó una lenta cruz en el aire, sobre la muchacha, nadie sospechó el primer movimiento de aquella larga procesión.

MENCION ESPECIAL

EL VIEJO SAUCE

por

Ruben Mestrallet

Allí está todavía el sauce viejo inclinado sobre la laguna.

Siempre triste, desgreñado y mudo como las resonancias que en su presencia brotan de mi espíritu. Cuando era tierno, todavía soñando en alargar sus brazos y embriagarse de alturas, yo niño muy niño —soñador como él— gustaba de jugar a su sombra.

No lejos de mi casa, en un alegre chalet, vivía un viejito a quien todos llamaban «El Polaco». Le acompañaba solamente una niña, Cecilia, su nieta de seis años. Cecilia tenía un año más que yo. Pasábamos juntos todo el día haciendo casitas de piedra o de barro.

Cuando el abuelo estaba trabajando o salíamos a jugar me decía: «Cuida de Cecilia», y yo me sentía orgulloso de tal misión. Ella era mi única compañera. Mi madre no me dejaba jugar con otros niños. Gustaba de reír, hacer muecas, imitarlo todo. Era más alegre que yo.

A mí me gustaba oírle reír. Su risa era un cascabeleo de cristal. Sus ojos tenían el color del mar próximo a la playa, radiantes de luz y alegría. Los dos queríamos estar siempre juntos.

Un día me enfermé. Hasta no desaparecer la probabilidad del contagio nadie pudo visitarme. Cuando mejoré, ella estaba todo el día a mi cabecera con mi madre. «No tiene fiebre» —me decía pasando su manecita de terciopelo sobre mi frente— «pronto volveremos a jugar juntos; no he jugado con nadie mientras estabas enfermo; rezaba con abuelito para que sanaras».

Cuando volví a corretear y a hacer casitas con ella, me parecía haber resucitado. Los días transcurridos de mi enfermedad los recordaba como un destierro amargo. Una tarde mi madre, salió de compras. Cecilia estaba en casa. «Quédense jugando en el jardín —nos dijo— cuidadito con salir a jugar a otro lado».

Nos pusimos a jugar. Ella estaba callada y pensativa. A mis preguntas nada respondía. Al fin me dijo: vamos a jugar al sauce!

—No; mamá no quiere — murmuré.

Posó sobre mí una mirada triste y con acento quejumbroso susurró:

—Nunca quieres hacerme un gusto.

—Pero Cecilia, no podemos.

Sus ojos se nublaron y comenzó a llorar.

—Cecilia, —le dije—, yo no quiero que tú llores... vamos.

Alegremente me abrazó y acarició. Salimos corriendo. Como era la hora de la siesta fácilmente pudimos evitar que nos vieran los vecinos.

En la laguna sentíamos coletear las tarariras. Vimos un enjambre de mojarritas.

—Vamos a hacer un tajamar para cazarlas, propuso Cecilia.

Yo siempre dócil le obedecí. Con el agua al tobillo comenzamos a amontonar arena.

—Precisamos piedras, vete a buscar piedras —decía Cecilia.

Buscando piedras me alejé bastante del sitio, pues no podía dar con un pedregal.

Cuando volvía contento con mi carga, feliz de la alegría que proporcionaría a Cecilia, no la encontré...

Después de varios días de fiebre abrasadora, llanto y desvarío, oí a una vecina comentando:

—Hallaron el cuerpo recién al día siguiente, pobrecita. Mire, por una travesura.

Comprendí que había sucedido una desgracia irreparable, más cruel que todos mis presentimientos. Quise saltar de la cama y correr a casa de Cecilia. Mi madre me detuvo.

—No, mi hijito. Cecilia no está más en la tierra.

Me di cuenta que había de vivir del recuerdo, y que a mi pequeña amiga no la vería más.

Una tarde de sol se me permitió salir al jardín.

La primavera desplegaba todos sus encantos encauzando en un marco de poesía la vida que bullía, en el remosarse de las almas, en la alegría de los nidos, en el run - run de las colmenas, en los cielos azules y en las fragancias nuevas de las flores. Cantos y colores nuevos. Sin embargo, yo estaba triste. Faltaban para mí aquellas pupilas infantiles a cuya luz cobraba vida lo más trivial e inanimado. A la distancia se erguían, como soldados de fúnebre arrogancia, los cipreses guardianes del Cementerio. Aún estaba abierto. El guardián me indicó el nicho pequeño de Cecilia. Allí quedó solo. Nunca me sentí tan solo. El silencio de las tumbas, la rigidez triste de los cipreses se unían a mi dolor. Sólo se oía mi llanto.

—No jugaré ya con nadie, como hiciste tú cuando yo me enfermé. — profetizó.

Aún permanecía absorto en mis recuerdos húmedos de lágrimas, cuando el guardián me dijo:

—Voy a correr. A casa hijo.

Ya en casa me buscaban con cuidado. Mi madre me besó y trató de consolarme. Yo aún recuerdo que le dije: «Qué feo es vivir, mamá, si hay que vivir para morir».

Hoy a pesar de haber corrido los años acumulando recuerdos sobre re-

cueroa, al divisar el viejo sauce surge toda mi infancia dominada por la risa argentina de Cecilia, y oigo como un eco una voz dulce: «No jugué con nadie mientras estabas enfermo»; y aunque mis labios se pliegan con firmeza, mi corazón siempre llora.

RECUERDO

por

Julio Rosello

Bueno, ya todo ha terminado. ¡Qué hábil, qué sutilmente hábil has sido! Te has ido satisfecho al otro lado, y cuando caías con el corazón destrozado debiste pensar en esa fracción de segundo en que aun no habías muerto, que todo estaba bien arreglado.

¡Y yo, que en el fondo te compadecía! Muchas veces me ponía a pensar en que yo era tú, y no podía saber qué estúpida fuerza, que abyecta razón te mantenía inerte, como este sonriente muerto que eres ahora, sólo que moviéndose silencioso entre las ruinas de una vieja pureza.

Yo no sabía qué te mantenía. Yo no sabía tampoco hasta dónde eras capaz de odiarme y cómo aquella tu tranquila aceptación podía esconder en sí tu venganza. La maduraste con paciencia, con amor. Ahora lo veo todo tan claro que me asusta más este frío silencio en que engendraste tu muerto que la condena, que todo este futuro cargado de soledad y recuerdos que me espera.

Tal vez ella no te importaba. ¿Quién lo sabe, quién podría saberlo? Te veía, silencioso, mirarla fijamente con algo que ella sabía que no era un reproche. Acaso fué tu orgullo, acaso creías que representabas mucho más que un hombre despechado. Dime, dime: ¿creíste, en romántico arranque de hombre bueno, que eras la Justicia? Sí, un pequeño símbolo defraudado, un espectro vivo que perduraba, que germinaba su tristeza. Hiciste nacer en tí el castigo, viviste para él y con él moriste. Sólo esa vida desesperada te quedaba, y la agotaste con fruición. Ahora debes estar satisfecho.

Mira, no quiero moverme de aquí. A mí también me alcanza el peso de tu oscura justicia. Quisiera recordar. Empezar el ciclo del recuerdo que va a envolver mi futuro.

Yo nada te reprocho, pero quisiera que me oyeras para decirte que no me considero culpable. Ninguno de los tres fué culpable, estoy seguro. Teoría que suceder así, simplemente, y así sucedió.

Tú recordarías, si me oyeras, aquella suave noche de verano en que vine a verte, después de largos años de ausencia. Te habías casado, tenías una hija, y todo parecía decirme que eras feliz. Pero en seguida pude ver tu fracaso. Sí, Carlos, a pesar de todo lo que eras y a pesar de todo lo que tenías, eras un fracasado, y tú lo sabías, y lo sabía ella. Quién sabe qué rara inquietud te abrazaba cuando dejabas caer en los sillones del jardín y te abstraías en algo que yo adivinaba doloroso y frustrado, en la amarga desesperación de tus ojos vacíos.

Ella parecía haber escapado de una prisión. Parecía hambrienta de palabras; quería escuchar algo, cualquier cosa; me miraba como hipnotizada, a pesar de lo superficial de todo lo que yo le decía. Le interesaban extraordinariamente las cosas lejanas y nuevas, las pequeñas aventuras del mundo, hasta lo que para mí era trivial y cotidiano.

En esa noche adiviné todo, sin palabras que lo explicaran. Me lo dijeron tan sólo tu silenciosa abstracción, sólo su increíble inquietud que quería ocultar su tedio y, acaso, ¿quién sabe? su miedo por la vida, por su vida.

No supe entonces —ni lo supe nunca, después— qué pasaba en el fondo de ti; qué inconformidad sentaba en tu vida. No sé si era un exceso de peso de las cosas que te ataban al mundo, o, al contrario, una excesiva falta de arraigo, una excesiva libertad de tu imaginación. Pero supe, sí, que más acá de la esencia de tu tristeza había dos tristezas más que no podían explicarse a sí mismas y que estaban encerradas en una calle sin salida.

Tu esposa y tu hija subsistían, sobrevivían una vida apagada y sin futuro. Perdiste su amor; tu taciturna presencia se hizo apenas una costumbre. No pueden reprocharse nada. Nunca dejaste de ser un delicado esposo, un blando padre.

Ella insistió después en que yo los siguiera visitando. Sé bien que a ti yo no te importaba, como parecía no importarte nadie en el mundo. Los amigos, los seres queridos, los familiares, todos habían desaparecido en la bruma de tu monótona tristeza.

Y volví, volví una y muchas veces. Acaso hice mal en comprenderte demasiado. Quién sabe si tomando con orgullo tu despectiva indiferencia y alejándome herido por ella no hubiera sido todo mejor. Pero, ¿qué quieres?

No, por favor, no sigas sonriendo. Sigues siendo el enigmático ser que con su vida torturó la de los que lo rodeaban. No lo hagas ahora conmigo. Ahora estás muerto delante de mí; ya no eres nada, nada más que una sonrisa.

¿Sabías lo que iba a decirte? Sí, ya sé que no me crees; pero te juro que no fué por lo que tú supones. Quise ser simplemente bueno y salvarlas de ti. No, no me sonrias así, Carlos, es la verdad.

Bueno, dejemos eso ahora. Sólo quiero comprenderme y comprenderte. ¿Puede alguien condenarme? ¿Puedo yo condenarte a ti?

Después vinieron todos aquellos días hermosos y aquel paseo por el monte y el comienzo, recién, de todo lo demás.

Tú ibas adelante, con Silvia. Ella y yo te observábamos. Hacía tiempo que había un implícita conformidad entre todos nosotros. Sabíamos lo que pensaban los demás, acaso todos, menos tú. Ibas, como siempre, callado y ajeno. Al principio Silvia corría y quería mostrarnos las sencillas flores del monte desolado. Se acercaba a las lagunas y tiraba piedras en las aguas

quietas. Pero después, poco a poco, la fué envolviendo nuestro silencio. Yo no recuerdo haber sentido nunca una sensación más plena de angustia, una inquietud más molesta que aquella tarde. Todo estaba aceptado de antemano: hablaríamos lo menos posible; tú irías con Silvia, yo con ella.

Tu hija nos miraba, de vez en cuando, ansiosa de una palabra alegre o de una sonrisa. Pero todos estábamos pendientes de ti. Eras el secreto dominador de la escena, y tu figura pequeña nos absorbía.

¿Quién de nosotros no se daba cuenta de lo ridículo de aquel mudo paseo? Pero también, ¿quién iba a animarse a deshacer el acuerdo que habíamos establecido? En tu casa era distinto, porque tú te ibas a la biblioteca y nos dejabas solos, y yo, lejos de tu presencia, me aliviaba de golpe y me ponía a contar historias y relatar mis viajes. Ellas me escuchaban absortas y por una hora se escapaban de su vida e iban a habitar en el mundo que se abría, multicolor y nuevo, ante sus mentes de niñas.

Pero allí no podíamos evadirnos de ti. Tú estabas, y tu silencio nos dominaba más que si hubieras hablado continuamente. Fué entonces cuando me di plena cuenta de tu dominio. No pude soportar más, de repente, y poco a poco, dentro de mí, fué despertando la forma de mi rebelión ante la superioridad de tu ausencia. Todo el tiempo en que habíamos estado los cuatro juntos me había inclinado ante ti, y eso ya llegaba a su fin. Algo me decía que era ese el momento único de nuestra liberación.

Recuerdo cómo te diste vuelta de golpe. Me miraste con una indescribible expresión de sorpresa y de odio. Yo había llamado a Silvia y mi voz pareció sonar en tus oídos como un grito en una iglesia.

Yo sentí tu mirada como un golpe eléctrico. Pero ya estaba decidido; no podía dejar todo a mitad de camino.

Después, todo lo que tú sabes. Ella, Silvia y yo corriendo como niños sobre el pasto; la niña subiéndose a los árboles bajo tu mirada de reprobación, pero todos tratando de no verte.

¿Qué fué lo que te ocurrió entonces? ¿Quisiste vencernos en nuestro propio juego, quisiste hacernos notar que aún eras el dueño de la situación? Si vivieras, yo sé lo que me dirías. Me querrias convencer de que olvidaste de pronto todo, que te contagié nuestra forzada alegría y que resolviste unirte al grupo.

Pero yo sé bien que no era eso. Yo ví bien con qué cuidadosa premeditación nos llevaste, con tu risa desatada súbitamente, a aquella situación. Lo noté en seguida, y quise verlo todo. Oh, sí, hacía falta algún efecto teatral, algo terrible que nos dijera que nuestra alegría era peligrosa y nos iba a llevar a algún desastroso resultado.

Fuimos, asombrados y cohibidos, siguiéndote a ti, al lado de la laguna honda. Alborotabas el aire con tu risa y por un momento pudiste engañarme. Pero cuando corríste al borde mismo del barranco, cuando me miraste con tus pequeños ojos enrojecidos, supe lo que iba a pasar. Mi primera sospecha volvió a mí y se hizo certeza. Por eso me acerqué rápidamente, mientras tú tropezabas con aquel tronco que fingiste no ver y caíste luego, gritando, en las aguas sucias que lamían los camalotes.

Después, cuando empezaste a hundirte, agitando desesperado los brazos, ví que tenías miedo de nosotros. Ahora, a la distancia, miro este revólver en mis manos y me doy cuenta de que no temías a la muerte; sólo temías a tu

fracaso. Pero yo también tuve miedo, y me tiré para salvarle.

¿Con qué habilidad me estrujabas, con qué tingida desesperación querías arrastrarme al fondo de la laguna, mientras oías que tu mujer gritaba mi nombre, solamente mi nombre!

Después, exhaustos, volvimos calados. Ella lloraba mansamente y Silvia me apretaba muy fuerte la mano. Y tú, ¿qué pensabas? No, no creíste haber triunfado. Fuiste tú quien más se apresuraba, temblando de frío, en llegar a la casa.

Luego, lo inevitable. ¿Para qué volver a recordar? Desde que yo empecé a infiltrarme en tu vida supiste que iba a ser así. Y la vida serena que corría, los largos silencios en que todos caíamos, tus miradas sin reproche, cansadas de saberlo todo, mi miedo a escapar y por sobre todo, flotando como una segura amenaza, el fin que se acercaba sin remedio.

Carlos, parece todo tan sencillo, pero nadie sabe cuántos secretos le llevaste a tu muerte. Ahora creo que ni una sola nadie de nosotros tenía para ti una importancia especial. En este momento, frente a tu muerte más allá sonriente, creo que fué todo por orgullo; no puedo imaginar cómo pudieran nacer en tí, en esa tranquila figura que fué tu cuerpo, algún sentimiento que pueda llamarse «celos». Otro día pensaré lo contrario y tal vez nunca pueda saber nada, más allá de la simple mecánica de los hechos.

Elegiste esta noche llena de perfumes y de misterio. Eramos dos en la casa y ahora soy yo sólo. No hace todavía media hora que llegaste a mi cuarto, te sentaste frente a mí y me miraste otra vez en silencio, largamente, con apenas un poco de curiosidad en tus ojos.

Yo esperaba, resignado, y no me sorprendió ver de golpe ese revólver que apretabas en tu puño. Pero nunca creí que, sin una palabra, sacaras suavemente de tu bolsillo, envuelto en un pañuelo, este otro que ahora parece colgar de mi mano yerta.

Me lo extendiste y empezaste a sonreír. Esa sonrisa que nunca te dejará, que acompañará tu cara inexpresiva hasta que empiece a desaparecer con tu pellejo.

Sólo dijiste cuatro palabras. Creo que, como toda tu persona, nunca las voy a olvidar.

—«Dispara o disparo yo».

Tenía ya el revolver en mis manos. El limpio revólver donde estampé mis huellas y que será el ejecutor de tu venganza y mi condena.

Nunca tuve tanto miedo en mi vida. Mira, todavía tengo la frente sudorosa. Te hablé sin resuello, desesperado, hasta que, sin una palabra, me pusiste tu arma ante mi pecho. Te levantaste, retrocediste dos pasos y empezaste a apuntarme.

No sé cómo pudiste hacerlo. Creo que aun no había cesado el ruido de mi disparo cuando tú ya tenías el revólver en tu bolsillo. No habías dejado de sonreír y caíste despacio, sin palabras.

Y ahora ya lo ves: estoy temblando, tengo miedo. Por favor, Carlos, no sonrías, no sonrías más.

EL VIEJO

por i

Adán Marín

—¿Qué horas serán?

—Once y media más o menos. Luego de una pausa: Va a ser un día bravo.

—Hum... Hay un sol que raja.

Los dos hombres beben a un tiempo. Las copas descienden a la pequeña mesa de madera, cuando el cuarentón dice al más joven:

—Se acuerda, D. Julián, lo que le dije de esos hombres así... raros?

—Ese viejo, ahí detrás suyo en la otra mesa, es así. Vaya uno a saber!

D. Julián se vuelve y mira. Siguen charlando. El viejo no notó la mirada. Está entretenido recorriendo su mesa con una gota de caña. El índice corto, tosco y fuerte va y viene ensimismado en sus garabatos: lo sigue la manga refregando la mesa. Gris, vieja, igual al pantalón que cae corto dejando ver los tobillos abultados y los pelos largos y negros de las pantorrillas. Un pie cruzado sobre el otro. Las alpargatas gastadas, sumamente amplias, suchas como un sapo en reposo, tienen la forma y con el polvo de tierra rojiza, el color de los pies. Las recubre la misma sensación de largo tiempo delatada en toda la figura del viejo, que subiendo de los pies, se detiene un momento en la tirantez del pantalón en la rodilla, avanza sobre el vientre, el pecho rítmico, retorciéndose en el cuello duro, latiendo en las sienes, para extender imperceptible su inquietud sosegada, en torno a su figura mezclada con el calor y la humedad del piso. Y más allá, en la intimidad de su rincón y sobre la vieja mesita de madera, algo que inmóvil evoluciona en sí mismo, suspendido del tiempo pasando. El parece sentirla, darla al aire, aunque el rostro amarronado niegue la menor emoción. Un rostro inmóvil, bigotes espesos y amarillentos chamuscados por el cigarro, la nariz encallada entre los ojos abultados, la frente avanzando sobre la mirada que persigue apenas el deambular del índice. Y siempre ese sosiego inquieto, ininterrumpible, ni siquiera cuando la copa le entreabre los labios y hace subir y descender el cuello,

La luminosidad de la pieza disminuye apenas y un instante. En el umbral un joven, un muchachón. Entra. El ambiente le atraviesa los ojos. Un boliche como todos, pieza regular, mostrador, reflejo del botellerío, dos únicas mesas en los rincones y ocupadas. Se dirige a la del viejo.

—Permiso.

—Como no, sientesé.

La voz del viejo es ronca, más persiste cierto tono de juventud. El joven observa sorprendido su manera de responder, tan bien, tan amable; su aspecto indica un modo distinto, es rudo. «Hombre de experiencia —piensa». Al momento lo interrumpe el viejo:

—Viejó mucho, eh? Trac más tierra que un remolino.

—Sí, un poco; —en una pausa sensible el viejo lo sopesa—. Don, una caña.

El bolichero atiende la orden; llena una copa. De la otra mesa llega una avalancha brusca de risas, que se va aplacando entre nombres de mujeres.

La voz del cuarentón se destaca más clara.

—Ya me tienen cansado, cualquier día me caso.

El bolichero llegando hasta la mesa del joven suelta la copa y les lanza al mismo tiempo con voz de zorro viejo:

—Vamos, vamos; si ayer de noche no más, lo ví con la Nata.

Se rién. Hasta el joven dibuja una sonrisa ceremoniosa, de quien está pero no está en el asunto. El viejo parece no haber oído nada. Con un pedaso de tabaco en la mano, busca el cuchillo en la cintura. Serio, entretenido, cada pequeña acción lo absorbe por completo, se entrega a ella, pero realizándola como si pensara en otra cosa. Cuando toma un trago, cuando persigue las gotas sobre la mesa, ahora terminando de armar el cigarro. Al fin lo prende, y entre chupada y chupada con ojos inciertos, parece mirar al joven que juega con la copa, haciéndola dar vueltas sobre sí misma en el círculo húmedo del fondo.

Un nuevo y repentino oscurecimiento; alguien se detiene en el umbral.

—Buen día.

—Buen día—, contesta el bolichero.

El joven toma un trago.

—¿No vino el morenito Juan, por acá?

La mirada del viejo lo persigue en el gesto.

—No, hoy no anduvo—. El bolichero espera atento nuevas palabras, pero nada.— Vuelve la luz intensa. Se oyen los pasos alejándose. La pieza se hunde, se detiene en un largo silencio roto estrepitosamente por una botella que cae. El abundante olor a caña se arrastra por el suelo. Comienza un largo ir y venir por la puerta del fondo. Los vidrios suenan agudos sobre la pala, y de vez en cuando un estribillo monótono:

—Caramba. Esta porquería...

El olor penetrante se desliza, difunde, se marcha por la puerta. El prolongado ir y venir cesa; las copas ensayan un gemir entre los dedos del bolichero, los paños y el agua.

—Otra copa y nos vamos, D. Julián.

—Si, casi la una ya.

En la mesa del viejo, entre trago y trago, por entre las ideas y venidas del dueño y el olor penetrante ya olvidado, la conversación tomó forma ha-

ta que!

—Viene de lejos, ¿no?

—No señor.

El viejo se inmoviliza en una actitud pensativa; luego dice, casi para sí.

—Yo he andado mucho.

—Y bueno, con sus años.

—Sí. Y estoy contento de tenerlos.

—¿Más que yo, que los tengo por delante?

El joven tomando confianza, quizá por los varios tragos, suelta la broma con ingenua picardía intencionada. El viejo, inmóvil.

—Sí, unos cuantos años. Y muchas cosas.

La inquietud sosegada que lo envuelve sigue el ritmo de siempre tras el tiempo que pasa. La presencia del joven no ha roto esa armonía, y no la detiene. El viejo en su rincón, como si no hubiese nada. Nada, solo él. Sumergido en su tiempo. De pronto se acerca y dice apenas, la voz opaca y alejada:

—Mire.

El cuchillo en la palma rugosa, débil, pequeño, no es más grande que ella. El lomo recto, el filo curvo, y un mango chato de guampa gris vetado de marrón y negro. La hoja amarillenta. Y más quedamente aún:

—Mire, pero mire qué lindo...

La voz se torna insinuante, estúpidamente incomprendible, sedienta, velada por silenciosa. Sorprendente e insorprendida.

—Un lindo, eh? Un lindo cuchillito...

Frente a la insistencia del viejo, el joven sospecha un absurdo presentimiento, que por absurdo lo rechaza. La copa sube lenta a sus labios.

—Mi lindo cuchillito...

Oír la misma voz decir lo mismo, ahoga lo pensado. Sorbe el último trago.

—Mi lindo —se topa con una muca risueña y pegajosa— cuchillito... y el puñalito se hunde media hoja. La sorpresa y el dolor lo enmudecen. La copa salta en su mano, golpeando contra el piso atrae la atención de los otros. El viejo envuelto en largo tiempo y calma, con un placer dulzón, acaba de hundir sin prisa y definitivamente el débil puñalito.

JUICIOS SOBRE LAS MENCIONES ESPECIALES

LA MANO DE NIEVE

Fue considerado por mí para el segundo premio, y por tanto, reclama que me extienda algo más sobre él. Estimo que su autora nos alcanzó con el mismo, las dos o tres páginas mejores —en cuanto a literatura— de todo el concurso. Aclaro que este concepto lo compartí con otro miembro del Jurado, el señor Guido Castillo. Hay en ese cuento momentos de verdadera creación literaria, modelados —o dejados surgir, más bien— al través de una composición sencilla y flexible, donde la autora aparece hondamente solicitada por lo que nos va contando. Un ejemplo: la muerte de «Duende», y lo que a consecuencia de ella se dice. Pienso, no obstante, que la preparación del cuento, donde se busca crear el clima de delirio, sueño o alucinación en que luego vemos sumergirse al personaje, no debió ser deliberadamente confusa como nos la presenta la escritora. Es posible que con esa serie de imágenes que se acumulan e interfieren a la vez, se nos haya querido mostrar el estado anímico bajo el cual un ser va en busca de la muerte. En ese caso la idea me parece buena, pero en verdad no encuentro allí los resultados que ella permite suponer. Mantengo que este trabajo registra algunos de los momentos mejores de todas las páginas del concurso que, por lo demás, me dió la oportunidad y la alegría de constatar que contamos con una serie de valores nuevos, sana y seriamente orientados en la literatura narrativa.

L. F.

Se dan aquí algunos momentos de auténtica creación (las páginas que narran los recuerdos de infancia de la suicida) que justifican su inclusión entre las menciones especiales. Pero creo que en su totalidad el cuento no está logrado: carecen de verdad artística los elementos con que se quiere crear la situación, y una oscuridad innecesaria impide que sea realmente visible. No se consigue hacer verdad humana ni narrativa con los instantes de la agonía: todo lo recordado no tiene correspondencia alguna con las circunstancias que lo determinan. Pero los recuerdos que, por otra parte, constituyen páginas que podrían leerse aisladamente, tienen verdadera calidad. Se debe señalar también la falta de unidad afectiva y estilística del cuento.

A. S. V.

A este relato le falta unidad espiritual. En él las experiencias literarias y vitales, resistiéndose, fragmentan el cuento. Lo artificioso en arte no está mal, cuando el artificio llega a su colmo, es decir, cuando, por obra de magia, logra el supremo encantamiento de la naturalidad. Se empeña la autora en narrar vagamente para dar la impresión de vaguedad, y esto no es legítimo,

pues en literatura aún la vaguedad debe expresarse con evidencia para que una situación resulte evidentemente confusa. Se notan las partes soldadas entre lo fabricado y lo creado y esta insuficiencia se acusa en la ejecución. Todo esto se puede señalar en particular en la preparación del cuento, en donde además abundan imágenes de fácil preciosismo, tales como: «...la luna iluminaba con un significado estricto», o, «a su frente, notorio, declaraba su culpabilidad un inocente letrado luminoso». Es de lamentar que esto ocurra en quien se revela por las páginas siguientes, y precisamente en el recuerdo de la muerte del perro, como un verdadero escritor que, a mi entender, nos ha ofrecido el mejor momento poético de todo el concurso. Parecería que los propósitos literarios de la autora estuvieran dirigidos a reprimir su auténtica naturaleza de artista.

G. C.

He releído varias veces este cuento. Sé que todo él es el sueño de un instante. Vislumbro los detalles vivos que se hacen recuerdos, como esas vertiginosas rayas del fuego artificial que se resuelven en un puñado de estrellas; así, con delicada inteligencia, cada rasgo real de este cuento se hunde en el pasado y se deshace en imágenes. Pero no obstante, una sensación de fatiga, independiente del tema, resulta después de su lectura. Intento ver dentro de este cuento, y no puedo. Se me superponen los objetos; los entreevo en remolino; las dos realidades desfazan, alternándose, con demasiada rapidez, y aún los detalles de ternura, no tienen tiempo, ni espacio, ni la adecuada persistencia y soledad en mi percepción. Creo comprenderlo, pero no sentirlo. Recibo impresiones hermosas que no sé dónde atar. En cambio, no encuentro, como mis compañeros, diferencias de estilo a lo largo del cuento. Si exceptuamos algunos detalles de «fábrica», esta prosa animada de un mismo movimiento, que se impone sin esfuerzo a los objetos que trabaja, y constantemente atenta pero no ajustada, les comunica una cierta especie de nitidez velada, me parece más importante y reveladora que el cuento.

D. L. B.

EL VIEJO SAUCE

Parece el cuento de un principiante que empieza bien. Una inocencia comunicativa tramite en su transparencia la definitiva tristeza de un recuerdo infantil. Cuando el autor quiere expresamente hacer literatura cae en lugares comunes, y cuando se limita a contar simplemente, hace una creación poética. Frases sencillas como «era más alegre que yo» o «vimos un ejambre de mojarritas», adquieren a la vez una gracia extraña y una verdad indudable. Hay algo de honestidad e impotencia dramática en el hecho de que el autor evite contar el momento crítico del relato, o sea su impresión final ante la ausencia última de la niña. El cuento mismo tiene algo de niño triste, y su poesía, que subsiste a pesar de sus fallas, suena a historia.

G. C.

Con ejemplar honestidad, el autor se ha colocado en el plano justo en que

le es posible crear. La mayor virtud del cuento — en el que evidentemente, se eluden las situaciones que pondrían a prueba la capacidad del narrador — radica en su estremecida emotividad, en la unidad efectiva que corre del principio al fin de estas páginas. La emoción se comunica sin rodeos y crea un clima poético que no hace alardes de grandes palabras; pero cada una de las palabras se dirige certeramente a su finalidad. A pesar de la vulgaridad en la descripción de la primavera, juzgo acertado ese final en el que una atmósfera cálida acentúa la angustia de un corazón solitario. Al sostener para un tercer premio este cuento, lo hice considerando especialmente su calidad poética, la veracidad con que comunica un estremecimiento ante el mundo.

A. S. V.

No puedo menos de imaginar que esta desgracia ha verdaderamente sucedido en la existencia real. Se ha dicho mil veces que la vida no es literatura, pero quien no ha encontrado en ella, alguna vez, «un cuento ya hecho, que sólo hay que pasar al papel»? ¿La literatura imita a la vida, o ésta a aquélla? Hay en este cuento detalles y frases que no parecen inventados, menos aún si los comparamos con otros que muestran impericia. Y los tales, nos comunican la vida de una manera tan inmediata y penetrante, que ésta se nos impone como realidad literaria.

D. L. B.

«EL VIEJO»

Personajes vistos con objetividad, hallazgo del detalle significativo, son virtudes de este cuento en general bien escrito. Los personajes tienen vida, y el viejo, logrado en su hosquedad y su misterio. Pero en el final, la escena no está lograda. El autor no la preparó, pretendiendo hacerla demasiado imprevisible, para lograr un brusco efecto. Y es allí donde falla, porque si bien no es discutible su posibilidad en la vida, no es convincente su realización en el cuento. Quizás hubiera sido preciso un trabajo más profundizado en la psicología del viejo. Al sostenerlo, en principio para un 3er. premio, lo hice en la convicción que ese final frustrado no malogra totalmente el cuento, ni oscurece las cualidades que se expresaron al comienzo.

A. S. V.

Se revela aquí un verdadero narrador. La prosa es sobria, directa y a la vez poética. Las figuras están definidas en pocos trazos, seguros y limpios. El diálogo posee firmeza y soltura, contribuyendo a crear el ambiente y las almas que en él se mueven. Todo esto se arruina por el final rebuscado y sorpresivo. El desenlace no se asimila al espíritu total del cuento. Deja la impresión de que el autor de pronto se dedica a torturar a sus criaturas desviándolas del camino que ellas exigían.

G. C. y D. L. B.

RECUERDO

Del mismo autor de este cuento, son «La Agonía» y «El Cascabel». Creo no equivocarme, al afirmar que esto nos revela la presencia de un cuentista, que si bien debe soportar algunos reproches, sabe escribir con verdadera pasión de escritor. En «Recuerdo» el autor centra su interés, especialmente, en el hallazgo psicológico. La persona física de los personajes no es muy visible. El esposo es el más logrado. La escena del paseo está realizada con fuerza. Pero en general, el cuento es un poco efectista, quizás, cinematográfico. A «La Agonía», muy bien escrito y con verdadera intensidad, cabe objetársele que la labor de creación está suplantada por simple habilidad de escritor, reduciendo el cuento a un mero ejercicio de imaginación. Pero el personaje, las cosas, el paisaje, adquieren verdadera fuerza plástica. En «El Cascabel» destácase nuevamente por su creación del clima y los personajes. El odio del niño a la guitarra es una observación aguda. La figura de la mujer, muy lograda, apenas como una sombra silenciosa. Pero el cuento falla al final: truculento, efectista y para el cual no se ha preparado al lector. Pereyra, hosco, sombrío, amargado, no ha revelado una capacidad tan formidable para el mal. El cuento hubiera ganado sin ese final convencionalmente dramático.

A. S. V.

El autor de este cuento, de «El Cascabel» y «La Agonía», muestra un gusto decidido por esa literatura que quiere ser cruel, tan solicitada hoy en día. Los personajes aparecen como castigados de expreso. Discrepando con los otros miembros del Jurado, considero que «Recuerdo» es literariamente inferior a los otros dos cuentos. El personaje central me parece casi enteramente falso, y su cinismo aprendido de las películas francesas como «Amanece», por ejemplo. Posee sin embargo un bello momento: el paseo campestre. De los tres relatos prefiero «La Agonía», pareciéndome que la situación despiadada revela menos alevosía literaria. Está muy bien escrito, con real intensidad y con un estilo cortante y original.

G. C.

Sin duda hay visibles imperfecciones en este cuento. El autor no meditó mucho en el procedimiento del monólogo que eligió, y por otra parte, se traba demasiado en el estilo como para dominarlo. Esto no impide que, en algunos momentos, esté muy bien escrito. Pero ¿por qué creyó necesario una situación tan truculenta, como principio y fin del relato? Sin embargo, ha creado un personaje profundamente verdadero. El egoísmo enardecido hasta lo monstruoso, no retrocede ni frente al suicidio, por el afán enteramente diabólico de destrozarse las vidas más queridas. La escena del paseo muestra con natura-

D. L. B.

lidad e intensidad, ese fondo repulsivo del personaje.

A SUERTE Y VERDAD

POR

Juan Luis Cavo

Ya era tarde cuando se vistió despaciosamente y echó una última mirada en derredor disponiéndose a salir. Las largas sombras de los trajes grises se identificaban en la puerta; dos manos fuertes atenacearon sus brazos de uno y otro costado, y lo empujaron decididamente.

Quando llegaron al café y lo sentaron en una silla contra la pared del fondo, se sintió perdido. Ahora estaba rodeado de más de ocho hombres, inmóvil e indefenso. Durante el trayecto de esas dos cuadras recorridas recién, pensó que podía desligarse de un fuerte tirón de los que le sujetaban, y correr. Pero no tenía posibilidades de llegar a la carretera; lo hubieran perseguido implacablemente y alcanzado, y quizás aporreado en las mismas calles del pueblo. Así, siguiendo con ellos, tendría probabilidad de que lo dejaran libre al cabo de un rato. Pero cuando sintió la presencia de más gente a su alrededor y las voces se alzaban hacia él iracundas, comprendió que no tenía ninguna esperanza. De un costado, salían las frases insultantes de los brasileños, chillonas, elevadas entre las otras.

—Así que vos eras fullero. ¡Ta que tardamos en saberlo!

Maciel replicaba mansamente:

—No. Yo no he trampeado nunca. No gané siempre, jugando con ustedes. Recuerden que a veces me desplumaron, si es que se basan en mi buena suerte para acusarme.

—No; no nos basamos en nada, chico —vociferaba otro recostado al mostrador—; recordamos, no más; recordamos que siempre que perdiste fué en juegos donde había forasteros desconocidos de todos, que aparecían de repente sentados en una mesa, con cartas en la mano, sin que supiéramos de dónde ni cómo pudieron entrar.

El holiche tenía en la parte de atrás la sala de juego. Por una puerta chica se bajaba en un par de escalones hacia un patio rectangular y embaldosado con losas rojas. Había dos mesas grandes y sillas, y lámparas suspen-

didas en la mitad de la pieza, colgando. Era algo difícil conseguir el paso por la pequeña entrada; lo común era la invitación del dueño del café hecha a cualquiera que sacara un paco más o menos grande de billetes. También se solía entrar con amigos, asiduos concurrentes.

Maciel había estudiado bien desde un principio las contraseñas. Cuando llegó al pueblo sabía ya por referencias que ese era un lugar donde se jugaba fuerte; fué un día y pidió permiso para entrar; no lo dejaron porque al pagar lo que había tomado no le vieron dinero suficiente. Después, todo fué fácil, hasta ese instante en que lo tenían scorrulado, injuriándolo; distinguiendo claramente la voz apremiante que le dirigía el que estaba sentado a su lado.

—Queremos saber, ¿comprendes? queremos saber quién sos; cómo te las arreglaste hasta ahora para sacarnos dinero sin que lo advirtiéramos, porque no somos ningunos novatos. Vas a contarlo todo y a enseñarlo.

Alguien consiguió un mazo de barajar y se lo tiró adelante en la mesa, y esperaron.

Maciel insistía, calculando; pensando que el acto de arrojarle así las cartas le podía dar una puerta de escape. Cuando se viera perdido irremisiblemente, barajaría y enseñaría; en esos instantes alguna broma que hiciera a los hombres absortos en el secreto de su arte, podría alejarlos de sus premeditaciones y facilitarle la huida, amistosamente, al descuido casi. Mientras tanto insistía:

—No soy culpable; nunca hice trampas; siempre he jugado limpio y no tengo nada que enseñar ni que contar.

Alrún otro empezó con la historia de su vida.

—Mirá; sé que te fuiste del norte, corrido; que por allá levantabas a jugar gente y perdían; que jugabas con otra gente y ganaban; y eso es lo que queremos que nos expliques; que nos digas cómo es eso de quedarte sin derechos.

—Sí, Maciel, ¿dónde están tus «derechas»? — preguntó otro en el fondo.

Todo había sucedido aquella tarde: se estaba jugando gofo entre unos cuantos en el patio trasero del café. El brasileño iba perdiendo mucho, cuando ganaba el forastero, nuevo en el pueblo; visto allí por primera y única vez. Maciel, por lo que se sabía ahora, había arreglado antes con él la manera de cómo debía proceder para entrar en el juego. Habían caminado juntos por la carretera y se separaron al allegarse al pueblo. Pasada una hora de ese encuentro, el recién llegado entraba perezoso en el café sentándose por un largo rato. Cuando pagó, lo hizo con cinco pesos muy bien buscados en el bolsillo, como si fuera su único dinero. En el acto en que pagaba preguntó al dueño, al descuido, sin ansiedad e indiferente, si no había juego por allí. Luego se quedó sentado igual que desde que entrara, tomando y mirando las caras de los demás parroquianos, la calle extendida afuera y la puertita marrón del salón de atrás.

Al rato entró Maciel y también tomó algo; se arrimó al forastero y le pidió fuego, al instante en que le decía en tono cordial y amigo:

—Cara nueva; usted no es de aquí, ¿verdad?

—No. Acabo de llegar y me voy pronto; vengo de pasada para la ciudad; de paso aprovecho a conocer estos lados.

Pidieron otra copa y conversaron juntos animadamente, parados abo-

ta contra el mostrador.

La escena fué corta, luego; la interrumpió Maciel decidido, como si buscara una excusa para terminarla, dirigiéndose al dueño:

—Ando con ganas de barajar un poco, ¿sabe? ¿Hay alguien por aquí para entretenerme?

A medida que hablaba sacaba del bolsillo un rollo de papeles. Y antes de que el hombre pudiera contestar a la pregunta, el forastero, protestando, sacó también dinero grande diciendo que era un gusto para él convidar; que habiendo invitado, le correspondía pagar aquellas copas.

Después de una discusión, en la cual se mostraban en la mano los billetes ante la propia cara del dueño, Maciel, como queriendo terminar las protestas, volvió a repetir si había juego. Le contestaron que sí, y entró en la sala, despidiéndose antes del otro con un ademán.

El forastero quedó solo, esperando calmamente. A los pocos minutos escuchaba cerca suyo las palabras del dueño:

—Ahora hay bastante gente. Si quiere darse una vueltita puede pasar.

Cuando llegó un nuevo juego, el forastero estaba ya sentado en una mesa, palmando suavemente un mazo de nuevas cartas.

Al rato habían ganado bastante; la parada que tocaba jugar era fuerte y Maciel daba cartas. Cuando lo descubrieron era tarde para ocultar la trampa.

El brasileño se había levantado de la silla mirándolo fijo y preguntando:

—Maciel, ¿dónde están tus derechas?

Y ahora ya estaba aquí, apretado contra la pared dura, con la tabla de la mesa horizontal y oprimida contra su pecho; seguía sintiendo las voces de los que lo rodeaban y el constante repetir de una frase, cada vez que negaba haber jugado sucio:

—Maciel, ¿dónde están tus derechas?

Cuando se aburrieron de su obstinación, empujaron más la mesa contra el cuerpo, mientras le decían, cómo y quién lo había visto repartiendo el dinero ganado con el forastero; dónde y cómo se enteraron de sus trampas y ardides para barajar y cambiar las cartas.

Fué allí cuando Maciel tomó el mazo de cartas diciendo:

—Voy a enseñarles; se hace así.

Pero no le dieron tiempo para demostrarlo y le pegaron. Varias veces sintió una punzada que le atravesaba de lado a lado la frente, a cada choque violento de la nuca contra la pared; sintió poco a poco que perdía las fuerzas, y notaba la cara caliente, al contacto de la sangre en la piel que le caía de los pómulos y la boca.

Inconsciente ya, le siguieron pegando; volcaba la cabeza en la mesa caoba, ensangrentada e inmóvil; con las manos flojas cubriendo el cuello y la nuca, insensibles.

Alguien le tiró luego un vaso de agua a la cara, donde la sangre se había pegoteado contra la mesa. Reaccionó lenta y penosamente, limpiándose atontado aún, con el pañuelo, pasándolo por los ojos hinchados, refrescando las sienes, sin poder precisar todavía lo sucedido en su pensamiento.

Sintió otro chapuzón frío en la nuca y cómo corría el agua escurriéndose por su cuello. Volvió a la inconsciencia por un nuevo instante.

Cuando pudo ver y comprender, estaba solo, y sintió el crujido de una cortina metálica que bajaban en la calle. También los pasos del dueño que

se aproximaba desde afuera.

—Voy a cerrar, mocito. Ahora estará mejor, ¿verdad?

Maciél se paró tambaleante y no contestó nada. Con pasos titubeantes emprendió el camino hacia la salida. Antes de llegar al escalón, lo empujaron nuevamente, y sintió el temblor de la boca en el golpe de su cuerpo contra las baldosas de la acera.

Después pudo incorporarse y apoyó su espalda contra un árbol. Allí quedó encorvado, respirando hondamente el aire de la noche que refrescaba su cara.

Más tarde caminaba solo por la carretera.

LA MANO DERECHA DEL TENIENTE CALLAMAN

por
Hugo Bolón

Esa noche fui a la taberna como lo acostumbraba a hacer todas las noches desde que estaba en el pueblo.

Al entrar ví al viejo Tomás, que era infaltable a las mesas de tertulias que se formaban allí noche a noche. En la misma mesa estaba también, Perto, el peluquero del pueblo.

Pero además había alguien a quien yo no conocía. Un individuo alto, más bien delgado y de figura esbelta. Me lo presentaron como el teniente Callamán.

Era un hombre que tenía algo de extraño; pero no hubiera podido apreciar qué. Sus ojos penetrantes se clavaban en quien miraban y producían una sensación molesta. Su voz era bien timbrada y amable, pero repito, poseía algo que me desagradaba, y producía un malestar que irritaba mis nervios...

La noche era fría, y por consiguiente comenzó a circular el aguardiente, que en todos los pueblos de la frontera, se prefiere a cualquier otra bebida.

—Va a helar.

—Creo que sí.

Las voces recorrían el ambiente pesadamente. El fuego que hacia poco había sido avivado, chisporroteaba agradablemente, produciendo un calor que, cerrando los ojos, nos recordaba el de nuestros hogares.

El Teniente Callamán arrimó su silla a la chimenea, colocándose de costado, muy junto al fuego.

Iniciamos una conversación sobre temas variados, y yo expliqué al Teniente por qué tenía que permanecer diez días más en el pueblo. En ese tiempo el Banco Central abriría una sucursal, que una vez en marcha, me permitiría regresar a la Capital, dando por terminada mi misión.

El a su vez me dió a entender cuales eran los motivos de su presencia, ya que también estaba de paso... Pero no le presté mucha atención. Estaba tratando de recordar donde lo había visto antes. Su rostro me era singular

mente conocido, pero su recuerdo me despertaba ideas desagradables.

Estaba tratando de ligar al Teniente con algún hecho poco feliz, cuando entraron Felipe y Alejo, asiduos concurrentes también a la taberna, que por otra parte era la única de los alrededores donde en invierno se podía estar sin helarse de frío. Saludaron alegremente, y Tomás aprovechó la oportunidad para pedir otra botella de aguardiente.

Los recién llegados se ubicaron junto a la mesa luego de quitarse sus gruesos sacos de lana y cuero.

La conversación tomó un giro animado y alguien propuso una partida de barajas. Se aceptó de inmediato, unánimemente.

Fué entonces cuando noté que el Teniente Callamán estaba poco menos que temblando.

—Tiene Vd. frío, Teniente...?

Me lanzó una mirada fulminante, y pareció que iba a decir algo; más echando una mirada rápida en derredor optó por callar.

—Acérquese más al fuego —insinuó Felipe.

—Solamente que se ubique entre las brasas, por qué más cerca...! Y Perto lanzó una ruidosa carcajada.

Ví la mirada de odio que le dirigía Callamán, y no comprendí por qué debió ofenderse en esa forma. Su actitud me resultaba chocante.

Fué entonces cuando mis ojos, distraídamente, se posaron en la chimenea. La impresión que recibí fué tan grande, que perdí por completo el dominio de mí mismo.

Sentí como si me subiera agua hirviendo por el pecho. El golpe fué tremendo para mis nervios, y no recuerdo haber sentido en mi vida tal sensación y que me afectara tanto.

La mano derecha del Teniente, que pendía del costado de su silla buscando el calor de las llamas, comenzó a tomar fuego. Los dedos arñían fácilmente y el fuego ya subía como para arrastrarle el resto de la mano. Y Callamán no se daba cuenta! Seguía con su mirada a los que le rodeaban y hasta creo que en esos momentos pronunció algunas palabras. No recuerdo bien, porque todo comenzó a girar a mi alrededor y apenas pude decir:

—Teniente... Su mano...!!

Se dió cuenta enseguida y ante el asombro de los presentes, quitó rápidamente la mano ardiendo del fuego y la envolvió en su bufanda de lana.

El silencio se hizo entre los circunstantes y todas las miradas convergieron en él.

—Muchas gracias, señor Robles— dijo dirigiéndose a mí, que debía estar sumamente pálido.

—No se asusten ustedes, no fué más que un accidente desgraciado. Se trata de que en mi afán de buscar calor, olvidé que mi mano derecha es artificial y por tanto muy fácil de tomar fuego, como sucedió.

Respiré fatigosamente, quizá un poco nervioso todavía, ante la explicación de tan extraordinario episodio.

El Teniente se había abocado a la tarea de desprenderse la mano, que debía haber quedado inservible. Entre los presentes alguien dijo, riendo:

—Vaya, por la cara del señor Robles: pareció que hubiera visto el demonio. — Todos rieron fuertemente. Las risas terminaron por serenarse completamente, y luego de beber de un trago una copa de aguardiente, ref yo

también.

—Deberán ustedes disculparme —dijo Callamán poniendo su brazo sin mano sobre la mesa—, pero la mano quedó inservible y tendré que permanecer así. Todos nos apresuramos a restarle importancia al incidente, y se decidió beber nuevamente para olvidar lo sucedido.

El Teniente arrojó los restos de su mano falsa a las llamas, y mientras observaba como se retorcerían al quemarse, me llegó un extraño olor en el blanco humillo que partía del fuego. Diría que era un olor conocido...?

El brazo mutilado, terminando dentro de los bordes negros de la manga de su saco, ejercía sobre mí, extraña fascinación, y no le podía quitar los ojos de encima. Y como Callamán sorprendiera mi mirada, pregunté, tanto por decir algo:

—Acción de combate, Teniente?

—En Africa.

Y en esos momentos alguien colocó tres cartas frente a mí y puso fin a la brevísima conversación.

Para intervenir en el juego, el Teniente debía abandonar su posición, y colocarse de manera tal, que quedaba frente a mí. Con su mano izquierda manejaba muy dificultosamente las barajas, mientras que su brazo derecho, inservible, lo apoyaba inmóvil sobre la mesa, apuntándose directamente.

El juego comenzó animadamente y a los pocos minutos ya se hacían comentarios sobre la suerte con que había comensado el Teniente.

Yo comencé a sentirme cansado, y el sueño ya embotaba mis pensamientos cuando percibí, lejanamente, tres acompasadas campanadas, que daban la hora en un reloj del fondo.

—Las tres de la madrugada.

—Adelante que recién comienza a anochecer— apuntó Perto.

Y se siguió con el juego.

El viento continuaba batiendo los alrededores, furiosamente.

Allí dentro se estaba muy agradablemente, frente al fuego de la chimenea. Pero cuando llegase el momento de irse, habría que enfrentar al frío... Aunque esta gente no parecía dispuesta a marcharse.

El sueño no tardaría en vencerme...

—Su turno, señor Robles—; mi nombre pronunciado con voz metálica, me volvió por un instante, de mis divagaciones, y al juego que había olvidado.

Hice mi jugada casi maquinalmente. No tenía el menor deseo de continuar. El Teniente seguía con buena suerte y ganaba con mucha frecuencia. Su brazo sin mano persistía en señalarme: Una boca negra que me apuntaba. ¿Por qué no lo quitaba de la mesa...?

Creo que me quedé dormido. Lo último que recordaba eran unas fuertes carcajadas que sonaron desagradablemente en mis oídos. Abrí los ojos y no se por qué comprendí que habían pasado algunas horas. En seguida la vista de varias botellas vacías sobre la mesa corroboraron mi error.

Mis compañeros, al parecer, continuaban con el juego. El viento con su alucinante silbido, no había calmado. Noté que tenía los pies helados. La luz artificial, a pesar de ser tenue, me producía daño en la vista. Me sentí mal.

Al abrir los ojos casi creí estar en casa, rodeado de mis seres queridos y cerca de todo lo familiar.

Una carcajada brutal, me molestó. Al dirigir la vista, vi a Felipe, Su cara

se había enrojecido y sus ojos parecían echar fuego. Me miró fijamente y volvió a reír.

De sus rojas encías parecía brotar sangre, y sus afinados dedos sostenían aún las cartas frente a sí. Desvié la vista para no mirarlo, y me encontré con Tomás, que al igual que él, tenía el rostro encendido y reía groseramente.

También reían Perto y Alejo, y sus sombras se agitaban en la pared enormemente aumentadas. El Teniente sonrreía silenciosamente y su mirada terrible se clavó en mí.

—El Teniente nos ganó a todos — dijo alguien. Y siguió riendo.

—No, a él no... Porque se durmió.

La voz de Callamán sonó raramente en mis oídos.

Continuaba jugando con endiablado apasionamiento. Miré hacia atrás y ví que éramos los únicos que quedábamos en el amplio salón. Hasta el patrón se debía haber retirado, pues no se le veía.

Volvía mis ojos a esos rostros enrojecidos que reían y reían sin cesar, y que parecían estar dominados por algo.

—Tiene usted una suerte loca, Teniente — había dicho alguien. Me acordé del brazo sin mano de Callamán y distraídamente lo busqué con la vista, aunque sabía me desagradaría mirarlo.

Y otra vez sentí como si me subiera agua hirviendo por el pecho; pero esta vez terriblemente peor. Una sensación de desasosiego, de desesperación, de locura, me invadió. No podía creer lo que veía. Porque Callamán sostenía las cartas con dos manos. Con sus dos manos, la izquierda y la derecha...

No pude más y me levanté. Sus ojos diabólicos me miraban hipnotizantes y parecían atraerme. Arrojé mi silla al suelo y precipitándome sobre la puerta como un poseído busqué escapar. Un coro de risotadas me siguió.

El viento helado de la madrugada me castigó despiadadamente el rostro en cuanto salí afuera. Y corrí. Corrí como hacia tiempo no lo hacía. Temblando y muerto de espanto.

Llegué al hotel donde me hospedaba, y me precipité por la puerta como un loco, con los cabellos revueltos y la ropa desprendida, jadeando desesperadamente.

—Por Dios, señor Robles —sentí decir al portero— Parece que hubiera visto al mismísimo diablo.

Y fué muchos años después, cuando paseando por la costa, un atardecer, me encontré con el viejo Tomás, y me enteré que aquella noche, mientras yo dormía, el Teniente lo había mandado hasta su casa a buscar otra mano artificial, para ayudarse a sostener las cartas.

EL PAREDON INSACIABLE

por

Jorge Arias Durán

Era de noche. Tras la fuerte lluvia reaparecían las estrellas en el cielo, mientras Basilio se inclinaba una vez más sobre el mostrador de mármol. Los demás parroquianos se habían ido ya.

—Bueno —dijo Pepe limpiando el mostrador con un trapo— ya vamos a cerrar. Tomaste bastante por hoy.

Basilio no le contestó. Frunciendo las cejas, carrapecaba interminablemente. Escupió con violencia; Pepe sintió un penetrante tufo alcohólico y ocultó un gesto de desagrado. No le gustaba la caña.

—Vamos viejo —Pepe quería aparentar desenvoltura—. No vas a estar chupando toda la noche. Y además es tarde... tengo una cita —concluyó guiñando un ojo con aire de niño travieso. Ese era su pecado; a veces sentía necesidad de decirlo en voz alta. Casi sin darse cuenta, Basilio salió tambaleándose. El aire fresco de la calle lo reanimó, pero continuó caminando vacilantemente. Siempre andaba así, aun sobrio. Y esta vez no había bebido mucho... A un flojo como Pepe le asustaría tanto alcohol, pero él sabía muy bien lo que le faltaba para estar ebrio por completo.

En el fonde de un charco fangoso de la vereda vió un pedazo de diario. «Sigue en el mayor misterio...» Faltaba el resto; en su lugar había un pálido reflejo de estrellas. Basilio lo suplió mentalmente. Y de pronto se sintió triste, como si el frío de la calle se le hubiera entrado de improviso en el alma. No era la primera vez que le pasaba eso. Pensó entonces en lo que había ocurrido otras veces: casi en seguida lo habían atrapado. (Hurto de poca monta, desorden, peleas). Esta vez no. Se perdían en pistas inverosímiles; cada día inventaban y destruían cuatro o cinco. Recordó la información del diario que le prestaran esa tarde: «Ahora se trabaja activamente en una nueva pista. Se confía en capturar de un momento a otro al bárbaro asesino...». Rió estrepitosamente, con desprecio; le tenían miedo, un miedo irrazonable y cerval. Una mujer que pasaba a su lado, se acurrucó junto a su marido, diciendo en una

media vos de horror y repulsión: «Borracho». El se volvió sonriendo, en el mismo instante en que ella se atrevía a lanzarle una última mirada. Por supuesto, el susto fué mayor. Además de borracho era loco.

Se dió cuenta de que, injustificadamente, aquella mujer le temía. También la policía que inventaba nuevas pistas para tranquilizar a la población. Se sintió orgulloso por primera vez en su vida. Uno puede soñar noche y día en hazañas prodigiosas; pero cuando se es un héroe de verdad uno ni se da cuenta, como si los deseos no se hubieran realizado. Y le invadió una extraña alegría por no haber dicho nada cuando le interrogaron; por no haberse salvado con una vulgar confesión. En realidad se alegraba por haber interpuesto entre él y el mundo la barrera invisible de su secreto. Se imaginó ya viejo, barba blanca, guardando como único tesoro aquel terrible recuerdo. Un muchacho que pasaba conversando animadamente con dos camaradas tropezó con él: ambos trastabillaron. Eh! ¿Por qué no se fija por dónde camina? —gritó provocador el muchacho. Era evidente que buscaba camorra. Si supiera eso mequetrefe con quién se las haía! Basilio le volvió la espalda con desprecio, y murmurando imprecaciones siguió caminando con pasos inseguros. El sabía muy bien adónde iba... De pronto su atención se concentró en un solo pensamiento: ¿Qué iba a hacer ahora? En la incapacidad de coordinar ideas, le daba vueltas y vueltas en la cabeza. Pero era como en un caleidoscopio: en disjunta posición, siempre se ven las mismas figuras sin sentido. No iba a entregarse; eso era lo que haría Pepe, reflexionó con desagrado. Inconsecuentemente recordó a la víctima, casi con cariño. Recordó la escena del crimen, sintiéndose vagamente atraído. Era una hora apropiada; pero había que prepararse, como cuando se visita a un amigo de importancia.

Resuelto ya, llegó a su cuartucho; un indefinido hedor familiar lo saludó. Abrió la puerta y, empujado sobre el umbral, abarcó la escena en toda su amplitud, los brazos en jarras. Siempre hacía lo mismo al entrar: era como una toma de posesión. Entró decididamente, y luego de hurgar un rato extraño de una bolsa mugrienta una botella conteniendo una desagradable mezcla alcohólica. Era indispensable. Luego salió bamboleándose.

—Che Pepe, si sigue así la cosa vas a tener que cerrar —bromeó don Mario— los dos venían por acá... — de pronto se puso serio. ¿Qué me contás de lo de Basilio?

Pepe hizo una mueca de desprecio —ya no era necesario fingir— y contestó mirando una hilera de botellas:

—Era un borracho inmundo.

—No hables así de los muertos, Pepe —replicó don Mario sin calor. Chasqueó la lengua—. ¿Por qué se mataría el pobre diablo? —musitó compasivo. Calló un instante, como meditando. En fin! —agregó— qué le vamos a hacer! ¿Verdad, Mateo? —preguntó en alta voz de bienvenida a un amigo que entraba.

—¿Qué dice la autoridad? —preguntó uno desde el fondo.

El joven policía saboreó en una sonrisa la atención general que se le dispensaba. Le gustaba mezclarse con sus súbditos fuera de servicio.

—Es algo increíble —comentó histriónicamente—. No recuerdo haber visto nunca nada parecido. Hizo una pausa. Trataba de repetir la atmósfera de

tin cuento que había leído. Como si el ruso hubiera muerto de nuevo. A los pies de la botella con esa porquería que usan... Tinto y alcohol azul, no? Bueno, y después la misma posición del cuerpo. La herida —aquí se acarició el cuello con un dedo— hecha por la misma arma... así dice el médico, por lo menos. Es...

—¿Y qué les parece que sucedió? ¿Qué tiene que ver eso?

El policía se sorprendió un poco con la interrupción. Tomó una copa que le alcanzaban y contestó:

—Allá prefieren no revolverlo mucho... pero hay cosas que saltan a la vista — él tenía su hipótesis — como esa coincidencia. Yo estaba las dos veces de servicio y los ví a los dos.

—¿Y qué? Créa que Basilio mató al ruso y que después lo mataron a él en venganza?

Ese era el momento que esperaba el policía. Replicó sonriendo por encima de su copa:

—No lo mataron. Se mató él. No pudo con su cabeza. Yo lo conocía: era algo... —al decir esto se tocó suavemente la sien, meneando la cabeza. Nunca había matado. Y el remordimiento es muy fuerte la primera vez.

—Qué va a ser eso! Usted está loco. Está completamente loco si dice eso. Está loco, —afirmó rotundamente un hombre corpulento vestido de overall.

Algunas manchas de sangre quedaban esa noche en el paredón del baldío donde Basilio, ya completamente ebrio, se había degollado. Era una especie de justicia poética para el hombre a quien había matado en legítima defensa. La escena era la misma: a los pies la botella, alrededor paquetes aplastados de cigarrillos, el acre olor de algún gato muerto. Al alejarse del cadáver del ruso, Basilio había sentido como si el polvoriento paredón esperase otra víctima. Cuando regresó para morir, lo vió como a un viejo amigo que le hubiese estado esperando largo tiempo.

EL VACIO

por

David Oscar Gonçalves

Cuando Romeo lo vió, pensó que era otro. Siguió hasta el café de la esquina, y al sentarse cerca de la ventana, miró hacia allá. «Otro más», se dijo. Y se volvió hacia el mostrador.

—¿Comprendés? Me parece que no. Mirá, es así. Es una «t» mayúscula. Allá donde...

—Te digo que sí. Ya lo sé.

—...el palo... donde termina el palo grande y se junta con el corto, del otro lado, había uno de esos letreros grandes, enormes que se ven en las carreteras.

—Los conozco. Vi uno que tenía pintado un auto regio, como esos que me gustan tanto.

—Sí, de esos. Bueno, lo otro ya lo sabés. Un dispositivo mecánico... o eléctrico? No lo sé. La cuestión es que eso era como un cine al revés. La máquina no estaba adelante como en el cine de aquí a la vuelta, y... y como en todos. Entonces, cuando venía el auto con esa gente por la carretera, es decir, por el palo grande de la t, se ponía el cine en marcha. Daba la sensación de que se te venía encima. Entonces, el chofer al ver que el camión ocupaba toda la carretera, se desviaba a la cuneta y se estrellaba. ¡Qué fantástico! ¿Verdad que es lindo?

—Sí. Pero, ¿y el camión?

—Después se borraba del letrero que estaba pintado de blanco como una pantalla de cine.

—¡Ah! ¡Ahora sí lo comprendo todo! Imaginate que... ¿Y cómo lo descubren después?

—Es que el chofer no muere enseguida. y con la sangre que le sale de no sé donde escribe en la tierra. Entonces la policía lo descubre todo.

—¡Qué bien! ¿Eh? ¿Qué dijiste?

—Te preguntaba que me ibas a decir hace un ratito, antes de preguntarme aquello.

- (—Te decía... ¿Te decía algo? Ahora no me acuerdo.
 —Bueno, es lo mismo. ¡Ah! Ya me olvidaba. Esa cinta la dan hasta el domingo. ¿Te dejarán venir conmigo?
 —No. No me dejan salir sola.
 ¿Y como me dijiste que habían ido al cine el sábado?
 —¡Oh! Eso fué cosa del otro mundo.
 —Y el baile del mes pasado, ¿dónde fué?
 —No te hagas el gracioso que te queda mal. No comprendés que eso era antes y que ahora... Ahora no.
 —Pero...
 —No hay pero que valga.
 —Yo que sé. Pero hay veces que...
 —¿Qué? A ver, no te detengas ahí ¿Qué?
 —Yo que sé. Ayer, igual, te pedi... ya sabes lo qué, y me dijiste que hoy. Y hoy... Andá, ahora que no hay nadie.
 —¡Cuidado! ¡Allá enfrente!
 —¿Qué tiene!
 —No, no quiero, no me gusta. ¿Te parece bien que nos vean así? Mañana todas las chismosas lo saben y lo comentan.
 —Si, así es. Bueno, pero ahora no está, se fué. Vamos... No seas tan mala!
 —Allá está, en la ventana. Lo ves? Ahora no, pero recién miraba. Estoy segura de que mañana todo el barrio lo sabe. Vos tenés la culpa, sólo vos!
 —Bueno, no te enojés. Disculpame.
 —Sacá, sacá ese brazo. Ya me hiciste enojar. No tenés derecho a jugar así con una. ¿Qué te crees que soy yo?
 —Bueno, Rosa. No te...
 —«Bueno, Rosa». Seguro mañana va a ser a mí a quien van a cortar de lo lindo y no a vos. Ya me hiciste fastidiar de nuevo! Si no me hacés enojar... Andate! Pero no vengas mañana. Papá ya me rezongó ayer y ahora lo va a hacer de nuevo. Y todo por vos. Te digo que no vengas y como si nada. A ver si una vez al menos...
 —Es que vos sabés que yo...
 —Bueno; ¿me vas a hacer caso?
 —Como quieras. Estás enojada todavía? Verdad que no? Ay mi linda Rosa!

—Voy a entrar antes de que papá me llame. Y no vengas tan temprano.

—No te preocupes. Hasta el sábado, Rosa.

Fué hasta la esquina. Dudó un instante y cruzó hasta el café. Entró y se arrimó al mostrador. Romeo levantó los ojos de la copa y lo miró mientras él bebía. Cuando Carlos salió, lo vio igual que cuando entrara.

A los dos mesas, Carlos ya era conocido en el café. Iba siempre que Rosa no podía salir a hablar con él o cuando apenas tenía tiempo, pues ella acompañaba a Estercita, a quien su novio, un verdadero novio distinguido —así le decía— las llevaba a un cine del centro. Como él no decía distinguido sino otra cosa, ya habían peleado varias veces. Pero siempre encontraba la manera de conformarla y arreglarse con ella. Una noche de lluvia torrencial, se refugió en el café, pues Rosa aún no había salido a la puerta. Casi estaba por irse cuando vio detenerse un auto frente a la casa de Rosa. Sonó el claxon

y una figura femenina se acercó al coche. Carlos, que miraba por la ventana, de espaldas al mostrador, veía a Romeo que miraba, y luego, girando levemente la cabeza, lo miraba a él. Salió rápidamente a la calle y echó a correr. De pronto una sombra se abalanzó sobre él y cayó al suelo. Cuando pudo incorporarse, atontado aún, la calle estaba vacía. Se dió vuelta. Un hombre tenía sujeto a un perro por el collar, mientras con la otra mano trataba de ayudar a las palabras para disculparse mejor. Carlos estaba tan sorprendido aún por la calle vacía que negaba todo aquello y este trivial suceso —pues sin aquello ésto no existía— que, sin decir palabra, se alejó.

A los pocos días lo encontró en el café. Volvió a pedirle disculpas y lo invitó a tomar con él. Carlos no dejaba de mirar por la ventana, pues aunque sabía que Rosa no saldría a la puerta, se sentía impulsado a mirar constantemente hacia allí con un frenesí cada vez más desesperado. José volvía de nuevo a disculparse. Evidentemente, ya había tomado demasiado. Trató de alejarlo del mostrador y al fin, ayudado por Romeo que recién entraba, lo llevó hasta la mesa que estaba al lado de la ventana. Allí lo dejaba, cuando José lo detuvo y se empeñó en no dejarlo ir. Desde ese día fueron infaltables los tres; se hicieron amigos. Poco a poco, insensiblemente, y como empujados por José, fueron bebiendo más y más hasta que una noche cuando ya el holichero los había echado, escandalizaron a todo el barrio. Romeo sabía donde había eco. Era el túnel por donde pasaba el tranvía, en las vías del ferrocarril. Fueron hasta allí. José fué el primero en gritar «Eco». Luego gritaron sus nombres. Cada vez más fuerte. Las risas rebotaban una y otra vez en tal continuidad que aquello parecía el llanto de algo grande que se consolaba con sus lamentos. Carlos miró a Romeo que estaba taciturno sentado en el suelo, y cuando se volvió hacia José, lo vió con los puños apretados, crispado. El insulto feroz, aullado casi, volvió atronador a ellos, los escudió, y, revolviéndose lanzaron su dolor hacia la voz fría e indiferente que parecería burlarse de ellos, pues repetía sin asco, sin pena, sin llanto.

Los pusieron juntos en la misma celda. Al otro día, despertaron pesadamente. Romeo preguntó la hora. Las diez. Y era domingo. La feria estaría llena de gente, pero faltaría él. Se ponía en mitad de la calle, al sol, y abriendo el soporte tijera, colocaba sobre él la valija. Sacaba de ella una toalla y se la arrollaba en la cabeza, como los hindúes. Luego disponía sobre la valija un mazo de barajas desparramadas en arco. Ya los primeros curiosos se acercaban. Comenzaba entonces con sus rituales trabalenguas, a la vez que decía: «Se juntan! Se juntan», y cuando ya había bastante gente a su alrededor, decía: «Se juntaron!», y recogiendo las cartas con ambas manos las guardaba mientras abría la valija y pregonaba las excelencias de un práctico remallador mecánico de medias de señoras, señoritas y niñas.

—Y bueno —dijo Romeo—.

—¿Cómo estará Top?, —preguntó José—. Ha de extrañar el paseo. Imagínate —dijo a Carlos que perseguía una pulga por su pierna— que siempre lo saco a pasear los domingos, y hoy... Qué fastidio! El único día que no tengo que ir a la fábrica y estoy aquí. Pobre Top! Por suerte ayer le sobró un poco de comida. Es así! Bueno, doña Engracia lo va a ver por la casa y le va a dar agua si tiene sed.

—Sí, con seguridad.

—Romeo: Te conté lo que hizo el jueves después que me fuí al traba-

Jo, al medio día? Carlos creo que ya lo sabe. Fíjate que...

Romeo y Carlos estaban de nuevo en el café. Aquel ya no le preguntaba por Rosa. Sabía lo que pasaba. Trataba de animarlo, de hacerle desviar la vista de aquella puerta que lo atraía aún en lo más explosivo de sus borracheras. Le hablaba de sí, de su vida anterior de un lado a otro, sin trabajo fijo, sabes muchacho? Jamás mucho tiempo en un mismo sitio. Un día, no sabía cómo ni por qué, se acordó de su madre. Volvió. Era sólo para verla un rato. Pero ella lloró y recordó tantas cosas que ya no pudo ni pensar en decir: «Me voy». Se quedaba yéndose. No encontraba trabajo que le gustara, que calmara sus ansias de andar. Al final, halló algo que lo conformaba. En una esquina detenía los diversos proyectos de la gente con su turbante y las barajas, haciéndoles olvidar su destino cercano, dándoles un poco de aliento, viviendo él de sus baratijas y del afecto desinteresado y la fraternidad que emanaba de quienes, curiosos, lo rodeaban.

Cuando Romeo trataba de hacerle contar algo del reparto, Carlos decía que ya había terminado su jornada. Su madre se enfermó un día, y aunque ella no quería, Carlos fué a trabajar. Era casi un niño. Consiguió trabajo de repartidor de hielo, besaba a su madre y continuaba su trabajo. Una mañana, Carlos no se sentía bien. Le parecía que el frío le subía por las manos y los brazos y se le adentraba en el cuerpo. Y al entrar en su casa con el pedazo de hielo, se sintió traspasado al mirar la cama. Todo él era hielo.

Hablaban, cuando no estaba, de José. Cada día lo veían más taciturno, más callado. Los preocupaba. Al principio creyeron que sería alguna mujer la que así lo tenía. Cuando se lo insinaron, se rió y siguió bebiendo. Toda su vida era Top. Mujeres! Le parecía raro que hubiera una madre como la de Romeo. La de él, lo había abandonado en un asilo. Y cuando pensaba en Rosa... Y Carlos! Malditas sean! Y bebía, bebía. A veces lloraba. Era cuando repetía como un lamento: «Top, mi pobre, mi viejo Top!»

Esa noche llegó más tarde que nunca. Se sentó con ellos. Todos querían hablar y no sabían qué decir. Bebían copa tras copa, con ansias, como queriendo ser ellos eso que se vaciaba tan fácil, y así quedar libres de todo, poder respirar sin nada que los oprimiera, sin ataduras que los frustraran.

Apartando los ojos de allá, vació Carlos la copa de un trago, y mirándola vacía y ridícula entre sus dejos, dijo:

—Cuando me acuerdo de mi madre y pienso en Rosa... Si no es como para... para...

—Calla—, dijo Romeo.

—¡Basta! —gritó José—. Basta ya!— Y levantándose, empujó torpemente la silla que sonó como un latigazo en el silencio que se había formado. Se fué caminando torpemente, todo de negro, oscuro como las sombras que lo rodeaban. Carlos levantó sus ojos hasta encontrarse con los de Romeo, el cual bajó los suyos sin decir nada. Se quedaron ahí, aplastados, mirando las copas vacías, oyendo el ruido y las conversaciones de los otros, escuchando las voces escondidas que los laceraban, sintiendo el miedo y la sorpresa en los aullidos del perro.

UN DIA EN LA VIDA

por

Mario Dell'Acqua Houget

Siempre había vivido en ese mundo de ensueños imposibles, de extrañas realidades que no lograban encajar en la realidad que componía la vida de los que le rodeaban.

Por eso se le veía casi siempre solo, salvo cuando trataba de quebrar la muralla que lo rodeaba para adaptarse a sus otros compañeros.

En su niñez, empero, había frecuentado los corrillos de niños amigos, las alegres bandadas de chicuelos que jugaban y reían en las tardes salpicadas por los soles estivales.

Cuando los catorce años le estiraron los brazos y las piernas, y las dudas y zozobras de las nuevas sensaciones aturdieron su mente, se dedicó al estudio con renovadas energías para apartarse de aquéllos que no le comprendían y se reían de sus temores infundados.

Oscuros aludes de ideas soñadas o pensadas le asaltaban a menudo en los momentos de descuido, y se desvanecía su pensamiento hasta que una llamada de la realidad le hacía retomar el hilo de lo que realizaba.

Así se fué apartando de la gente y llegó a ser un soñador a quien era cada vez más difícil encontrar un asidero que lo guiara en la vida.

Dejó de pensar en todo eso y siguió caminando por los alrededores de su pueblo. Vió que sus pensamientos lo habían llevado a las proximidades del arroyo, que contenía por ese lado las cauchas que prolongaban la villa hacia los campos.

Hacia calor y tenía la boca reseca; se agachó y bebió en su mano un amplio sorbo de agua cristalina.

A lo lejos unas mujeres lavaban ropa en un recodo del arroyo, a la sombra de unos sauces que lloraban con la verde mansedumbre de sus ramas abatidas.

Continuó su marcha, y cuando quedó fuera de la vista de las curvadas lavanderas, echó a correr por los campos salpicados de rubios y rosados

macachines.

Cuando le faltó el aliento y le hormiguesba la transpiración por todo el cuerpo, se dejó caer al suelo cuán largo era, y hundiendo la cara entre los verdes pastos se apretó con fuerza contra la tierra fresca, deseando confundirse silenciosa y extrañamente con ella.

Poco a poco su respiración retomó su ritmo acostumbrado y entreabrió los ojos, a cuya altura se empinaban sobre sus tallos las florecillas de colores, como para empaparse de aquel sol pródigo y fecundo, como para reflejarse en la arulada tibieza del cielo.

Comprendió eso y vio los manebones rosados y amarillos que respiraban las y daseos extraños que hacía suya, y sentía en su espalda sudorosa.

Después de un largo rato se levantó, y con paso lento y cansado emprendió el camino de regreso. Pero ahora todo lo veía con ojos nuevos; la naturaleza, a la que amara sin comprender, le abría las puertas de su silenciosa contemplación y él entraba por ellas, como un amigo.

Esquivaba los humildes macachines para no destrozarlos, y éstos le sonreían agradecidos. Las aguas del arroyo que corrían suavemente, cantaban un susurro suave que le penetraba por los oídos y le embargaba de un gozo desconocido; llegó hasta él y sin desnudarse se sumergió en sus aguas amigas que lo acariciaban con sus calladas manos.

Al salir del agua se quitó la ropa y la tendió a secar en un árbol cercano. Se tiró desnudo sobre la hierba y rodó sobre sí mismo chorreando agua y gozo por todos los poros de su cuerpo, al que sentía noble y puro en su primitiva desnudez.

Lentamente se vistió y caminó hacia el pueblo que lo llamaba con sus campanadas del atardecer. Entró por las calles más apartadas, y a medida que las sombras del pueblo y de la tarde lo envolvían con sus nubes de silencio, se fué apagando en él la alegría que lo inundaba y se posesionó otra vez de su espíritu la chatura infinita y callada de los días comunes.

JUICIO SOBRE LOS CUENTOS MENCIONADOS CON PUBLICACION

EL VACIO. — La atmósfera total del cuento está bien lograda, aunque el mismo se resiente por una estructura no muy sólida. Los personajes tienen vida y se obtiene una sensación final de desolación, que es la que hace de estas páginas un cuento. Las vidas fragmentadas de los personajes se unifican precisamente por esa ansiedad sin salida. Se podrían umar algunas vulgaridades y cuidar el estilo. El diálogo es agilo, algunas veces superficial.

LA MANO DERECHA DEL TENIENTE CALLAMAN. — En todo momento el lector se siente suspendido entre lo real y lo sobrenatural. Maneja con acierto los diálogos y al grupo de personajes. Un poco exageradas las expresiones del protagonista en sus momentos de pánico. Mal estilo: chocan los profonores y los averbios de idéntica terminación. Desarrolla con interés su anecdotita. La ubicación geográfica resulta superflua, porque el cuento no la necesita. Se debe observar que la ingeniosidad temática es siempre peligrosa, cuando el autor la convierte en su única preocupación.

EL PAREDÓN INSACIABLE. — El cuento ha sido pensado para esa «especie de justicia poética». En ese instante, el autor recurre a detalles del escenario, eludiendo el oscuro sentimiento del protagonista. La frase final es demasiado simple, para hacernos vivir esa fatalidad que ejerce el lugar del crimen y la misma víctima sobre el criminal. Por otra parte, el personaje necesitaba crecer un poco más, antes de ser cortado por la segunda escena del bodegón. Las dos escenas de bar están logradas, pese a que le faltan esos pequeños grandes detalles que hacen vivido un ambiente. Quizás el tema rebasa al autor. Pero su esfuerzo ha sido auténtico: honestamente ha sabido callarse cuando le superaban las exigencias del motivo, sin falsear con palabras o ideas librecas aquel margen de vida que no pudo penetrar.

A SUERTE Y VERDAD. — Es un cuadro de costumbre que no alcanza la solidez de un cuento, porque la fábula no está suficientemente redondeada. El personaje está únicamente creado por la situación y en este caso concreto no existe un tramposo sino una trampa, no un aporreado sino una paliza.

Este cuadro de costumbres está logrado con vivacidad y limpieza. El diálogo contribuye ágilmente al desarrollo de la situación.

UN DÍA EN LA VIDA. — Este es un cuento con alma. Está mal narrado, sobre todo al principio cae en lugares comunes. Pero el momento en el campo y, especialmente el baño, es de una verdad y de unas ganas de vida que podrán no cristalizar mañana en una verdadera literatura, pero que son condición imprescindible a todo escritor. De todas maneras, este pasaje está bien escrito, con todos sus defectos, es decir con toda su vida, y es verdaderamente reconfortante.

JUICIO SOBRE LOS CUENTOS MENCIONADOS SIN PUBLICACION

NO ME ACOSTUMBRO. — Pequeña estampa naturalista. La motivación del cuento parece originarse en algo oído y no visto por el autor. Bien usado el diálogo, corece de extensión. El final no preparado resulta efectista.

EL PRISIONERO. — Revela habilidad narrativa. El tema de locos es una facilidad que el autor ha buscado. Lo fantástico y la locura sólo deben buscarse cuando plantean dificultades reales. Tiene conciencia de lo que es un cuento.

LO QUE QUEDA. — Prosa entrecortada y dura. Pero hay una verdadera emoción narrada sin disimulo, y con fuerza expresiva. La figura del abuelo está bien creada, así como la de la madre; la definitiva ausencia de ésta tiene realidad. Debe cuidar el estilo y adquirir conciencia de lo que es un cuento, pues esto por ahora es solo un recuerdo.

CUENTO DE NOCHE DE REYES. — Este cuento consiue comunicar una simpatía legítima. El autor debería aprender a distinguir la verdadera emoción de la sensibilidad trillada. Bien creado el escenario pueblerino. Los personajes aunque no muy singularizados, adquieren vida en algunos momentos: por ejemplo: el niño frente al escaparate de la juguetería.

SIN NOVEDAD. — Relato directo, smpo. No tiene mucho que decir, pero lo dice bien, con sencillez y sin requiebros literarios. Denota experiencia de narrador. Relatos de esta índole, aunque no sean muy profundos ni posean grandes virtudes literarias, hacen bien al espíritu.

INDISCRECIONES DE LA LUNA. — Lindo en su inocencia, en su frescura y hasta en su vulgaridad, que se vigoriza por la sinceridad, la gracia con que se tocan cosas triviales y sabidas, por su deseo de comunicar. Su gran hallazgo es el de hacer contar a la luna una anécdota común. Están bien logrados la espera de la muchacha, su diálogo con el novio y la imagen del diario; ésta última se estropea por la referencia a las letras y la insistencia en repetirlas. Hubiera mantenido hasta el fin el tono de velada ironía.

NADA. — No alcanza a ser un cuento, sino un monólogo. No se ganaría nada con continuarlo. El defecto mayor es que le falta a esa experiencia, una circunstancia singular y novelesca, como un nombre, un apellido; y una situación al personaje. La intensidad del monólogo se diluye en semi-filosofías literarias de uso hoy corriente.

INTERMEDIO. — Hay pericia técnica y logra mantener el interés. Por momentos, se plantean bien las situaciones y se hacen visibles los personajes. Escrito con sobriedad y soltura, pero sin seriedad; es decir: las palabras tienen soltura, porque no están comprometidas en algo importante...

EL DESEO. — Confusa y diluido como si los hechos se le deshilacharan al autor en las maras, antes de poder contarlos. No está mal escrito, pero le falta unidad de impulso y unidad de visión.

EL FANTASMA. — El autor responde casi exclusivamente a un propó-

sito mental; esto le quita vida a su narración. Pero tiene recomendables calidades de imaginación, de estilo y de ideas, y hay una angustia que, por momentos, se trasmite intensamente. El personaje no parece nítido, quizá porque no lleva a cabo ningún acto, y aún su misma inmovilidad no está vista como acto.

EL TRAGALUZ. — Bien escrito. Pero el ambiente de pesadilla es falso, morbosos y confuso. La ansiedad de cielo y de luz está bien realizada; sin embargo, se estropea dentro de tanta literatura estéril: vale decir: no crea ni revela vida, es simple procedimiento equivoco. Monólogo donde se nombran pocas cosas y se explota un simbolismo vano.

DE LA VIDA FELIZ. — Lindo tema, ingenioso, pero inexplorado en la ejecución. Desaprovecha las buenas situaciones que inventa. Alguna que otro pozo de aire en el agradable humorismo uniformemente distribuido.

EL CORAZON VERDE. — Periodica que los personajes de este sueño se hagan a menudo símbolos artificiosos de estados de ánimos. El autor demuestra, a ratos, poseer sin saberlo y a pesar de sus esfuerzos en contra, un estilo realmente personal. Hay instantes de delicada y verdadera poesía. Ese estilo y esa poesía, se encuentran plenamente cuando se la sabe buscar hasta en las cosas sencillas. No alcanza a ser un cuento mostrando el autor virtudes casi exclusivamente líricas.

EL ESPEJO. — (Roca). — Intenta ser intenso y sólo resulta oscuro. Toda su intensidad proviene de una cualidad de estilo que se inspira más en los libros que en la vida. Es un estilo falso, forzado, con expresiones y giros intencionalmente vigorosos. Pero hay una estimable habilidad y el clima irreal está bien comunicado.

MI RIO. — Lírico. Imágenes de indudable belleza. El relato, sin embargo es confuso. La comparación entre el fatelismo del río y del hombre es hermosa. Mal entroncado lo narrativo (historia de amor), con la atmósfera esencial del cuento.

PRISIONERO EN EL ESPEJO. — Influencia del cine inglés. Ambiente de terror que se expresa más por simples palabras que por verdaderas situaciones. Está narrado con soltura. La descripción de la casa está bien lograda, a pesar de que el autor procura a cada momento ser inquietante. No hizo literatura con un terror verdadero, sino con un terror literario. La literatura puede empezar siendo ilusoria, pero debe terminar siendo verdadera.

VENGANZA. — Bien narrado. La descripción de la yegua es tierna y, por momentos, conmovedora. La bifurcación del tema malogra la coherencia del relato que, además, padece de cierto sentimentalismo formal.

UN DIA INOLVIDABLE. — El principio es limpio, fresco y sencillo, escrito con sobriedad y viveza. Lo que empieza como una travesura de estudiante, acaba como un efectista homicidio. Cuando aparece el vicio del rancho, la narración comienza a perder veracidad. Y todo se estropea, porque le falta dimensión a la terrible equivocación.

MUERTA. — Está narrado con soltura, a veces con vigor, y siempre con increíble desparpajo. Lamentablemente se echa a bravuconear con la muerte. Exacto en los detalles que son del presente y del pasado. Pero lo que no se sostiene es la situación total del cuento que supera las posibilidades del autor.

FRACASO. — Excesiva despreocupación del estilo, a tal punto descuidado que vuelve ininteligible ciertas frases. Lindo por su sinceridad; dibuje

cón energía una psicología juvenil. Hay detalles profundos, y ternura, a pesar de su sentido amargo. Pero el cuento se malogra por su pobreza de impulso.

LA GOTERA. — Contado con intensidad, el terror del borracho, logrado. Pero las personas no están convertidas en verdaderos personajes para que el espanto sea realmente creado. Da la impresión de un cuento trunco. La escena del perro está narrada con ternura. Traído de los pelos el motivo principal.

LA MUERTE DE GUSTAVO DAVILA. — Bien escrito y mal desarrollado. Hay una intensidad que se hace retórica cuando busca el motivo del Carnaval de Schuman. Mucho más importante es el detalle de la escalera. Ha sabido cortar atinadamente algunas escenas. La desgracia no tiene verdadera resonancia interior para que sea trágica. El anuncio de la muerte es impersonal y forzado.

EL PALACIO REAL. — A veces logra crear un ambiente. Se nota una falta de sensibilidad poética. El búlgaro, que estornuda demasiadas veces, es una nota falsa de realismo. Interesante por su estilo.

Merecen ser juzgados particularmente los siguientes cuentos, que, aún en sus fallas, ofrecen una cierta ejemplaridad: **HOMBRE NUEVO.** — La narración, aunque casi siempre vivida no se concentra sobre el personaje, para destacarlo. La transformación interior está apenas apuntada. El lenguaje algunas veces es inútilmente enfático.

SU UNICO CAMINO. — El asunto es de lo más llevado y traído de nuestra literatura. Hay una cierta elogiabile vivacidad al principio, aunque, dado el fondo dramático del cuento, exageradamente sostenida en todo el transcurso del mismo. Mala influencia, al parecer de Viana, en las reflexiones morales o sociales de los hechos. El encuentro de Jorge y María en el bosque está logrado, aunque es sólo un destello.

SÉ BUENO. — Motivo pueril, pero que ha sido vivamente sentido. Bien narrado en general. En el diálogo, a veces, un afecto excesivo. Perjudica al cuento la moraleja que lo motiva, y le da un tomo de narración escrita para un libro escolar.

PARA NIÑOS SOLAMENTE. — Aunque sincero, la intención de encerrarse en un cuento infantil, le quita posibilidades. Muéstrase el autor, superior a ese mundo que añora, y que no consigue interesarnos.

EL PAJARO ROJO. — Se ve que el autor es lector entusiasta de Reissig, habiéndose contagiado de lo que éste tiene de más circunstancial y decadente. El relato, realizado exclusivamente para sostener una moraleja vulgar, presenta, a veces, cierta fluidez, algunos momentos de expresión delicada e imágenes audaces y bellas que no se continúan.

ADOLESCENCIA. — Debió proponerse una mayor abundancia de detalles bien elegidos, que diera más singularidad a un tema de peripecias más o menos comunes. El miedo a distanciarse de las situaciones previsibles constituye la mayor dificultad de este cuento. Por otra parte hay expectativa y

fluides. Quizá hubiera convenido reducir el número de situaciones, haciéndolas a la vez más penetrantes, más interiores.

JUANILLO. — La inocencia triunfa sobre la vulgaridad de la anécdota y realización de este cuento. Es bueno como ejercicio, no ya para competir en un concurso. No obstante, es buen comienzo este fervor por pequeños y tiernos accidentes de la vida, ejemplificando una rara humildad en un ambiente en que pocos se creen inhábiles frente al tema pretencioso.

UNA LEYENDA DEL VIEJO RIO. — Empieza bien, pero el cuento se viene abajo por la sensiblería del tema, al que se agrega un estilo del mismo tono. Sin embargo, cuenta despertando interés y con naturalidad.

ABNEGACION. — El cuento respira frescura e ingenuidad, y está contado con soltura a pesar de los detalles superfluos. Pero el autor parece desconocer sus aciertos y sus errores.

EXTASIS. — Sin dotes de narrador, muestra en cambio un lirismo voluptuoso, donde el adjetivo es usado con elegancia y novedad, aunque con excesiva frecuencia. Pero nos sentimos retirado cuarenta años atrás en pleno decadentismo. Si el autor piensa más, lee más y mejor, podrá ejercer esta valentía literaria con más altos resultados.

AGUA NIEVE. — Cuento poético relativamente bien escrito. Hay fantasía. Pero debe madurar aún dentro de su línea de creación.

LA DESPEDIDA. — Sincero, con un fondo sentimental que lleva al autor a un estilo poemático. No hay coraje de narrador. Se quiere disimular la vulgaridad de la anécdota ocultándola con cierta pretensión exquisitez de sensibilidad. El autor no debe olvidar, que en la narrativa no hay anécdota vulgar si se la realiza extraordinariamente.

JOSQUIN. — más que un cuento, descripción de un personaje, que intenta hacer visible física y psicológicamente. Los recuerdos infantiles pertenecen más al autor que al personaje. Debería buscar temas más propios.

LA FIEDAD DE FRAY UPEKIO. — No está mal escrito, y tiene dentro del plano en que está realizado cierta habilidad narrativa. La anécdota vulgar, no está revalorizada por la ejecución. Su humorismo es gastado, influido al parecer, por Anatole France.

TENEOS LOS UNOS A LOS OTROS. — Lo más agradable es el espíritu de inocencia desamparada del protagonista. La narración es ágil, interesante, cojeando en cambio, por el uso de frases hechas. La reflexión final no agrega nada.

SIEMPRE. — Se lee con interés por su anécdota original. Pero debe recordar que lo literario no radica en lo anecdótico.

LAS BLANCAS ABANDONAN. — Más que un cuento es un cuadro de costumbres, en el cual se han sabido transmitir con simpatía ciertos detalles típicamente nuestros.

EROS Y TU CORAZON. — Bien narrado, es un relato de conmovedor galicismo. Una aparente profundidad disimula la nadería de fondo. Diálogos bien realizados, aunque es necesario tener en cuenta que se proponen muy poco. El estilo, está en la misma situación equívoca que sus personajes.

REGENERACION. — Un humorismo saludable aunque vulgar. El cuento se lee con facilidad.

LOS PREMIOS. — El motivo no está profundizado; y sin escapar a la puerilidad está construido sobre una frase. Bien narrado. En algunos pasa-

jes, como cuando el muchacho prepara su ropa, la prosa es viva, directa y precisa.

EL CAZADOR DE MOSCAS. — No deja de tener cierta habilidad narrativa. Se arruina cuando Rocco se arroja por la ventana. Si no hubiera sido tan efectista, hubiera estado mejor.

EL ESPEJO, por Ruy de Arcadia. — Vieja adjetivación, borrosos personajes, intriga falsa. Más interesado en hacer frases que en narrar. En algunos instantes está escrito con soltura. Aunque a veces cuente mal no carece de coraje, ni intenta eludir las dificultades con nieblas ni humos artificiales.

TODO ES POSIBLE HOY. — Bien dado el ambiente de la tienda, pero de mucho rodeo para decir algo y elude casi siempre los detalles concretos. Fluctúa, perjudicándose, entre lo humorístico y lo psicológico.

UN DIA CUALQUIERA. — Un clima bien logrado de soledad egoísta, sofocada y ansiosa, de un intelectual de pueblo; pero el único hecho del cuento aparece increíble, traído como solución exterior de un motivo, que por naturaleza, carece de acción. Se ve que este relato está escrito con ganas, con una verdad más poderosa que las pequeñas mentiras que rodean al autor, y eso gana nuestra simpatía.

EL VALLE DE NOE. — No es un cuento sino un cuadro de la naturaleza, disolviéndose la trama en el paisaje.

LA MUERTE DE UN RELOJ. — Bien escrito, con fuerza y vivacidad. Pero las situaciones son demasiado rápidas, sin preparación anímica. Parecería que el autor hubiera atropellado su cuento, terminándolo antes de lo que éste exigía.

ELLA Y YO. — Es un cuento que se mezcla con el poema, esto no sería una falla, si por el momento no se convirtiera aquí en un género híbrido, propicio a las divagaciones estériles. Hay instantes de verdadera emoción, de emoción fresca, femenina y rápida, que se filtra a través de tanto dramatismo cerebral y rebuscado. El tema es muy usado, y por lo mismo, quizá muy propio de las adolescentes que se sienten o se quieren sentir alejadas de la vida; asaltadas por una extraña personalidad íntima que explicaría sus humanos deseos y sus vagos temores.

LOS GARCIA. — Mal narrado. Buen humor. Excesivo número de personajes. Bien presentada la chismosa. Pero el cuento se diluye en un cuadro de costumbre.

UN INDIO REFINADO. — El asunto es de un romanticismo vulgar: el pobre servidor se enamora de la niña de la casa y se muere tísico, minado por el alcohol. Sin embargo, a pesar de eso y de la superficialidad de las metáforas, el autor logra crear un personaje. Los juegos del indio con los niños tienen verdadera transparencia y frescura. Los párrafos que describen la estadía en Lima son intensos, así como la descripción de la subida de la cuesta.

MINUTO ABSURDO... O SUBLIME. — Verboosidad. Adjetivación científica literaria. Pero hay fuerza vital y un sagaz conocimiento de la mujer.

LOS VIAJEROS. — Crea una verdadera expectativa, pero que conduce a un desenlace previsible. Contado con amena intensidad, aunque la atmósfera del crimen no se logra.

SOBRE LOS CUENTOS RESTANTES

Las composiciones siguientes, por las insuficiencias que presentan, impiden un comentario particular. De acuerdo a sus temas, el Jurado los ha clasificado en tres grupos: los de asunto imaginativo, los de trama realista, y los de tema sentimental. El reproche fundamental que cabe hacer a los cuentos del primer grupo, es la falta de rigor en el empleo de la imaginación. No se trata de ponerle freno, sino de encauzarla de tal modo que lo fantástico sea evidente. Esta facilidad se observa hasta en el estilo, fácilmente coloreado con los habituales paisajes de pedrería de la leyenda. (Vestidos de púrpura y oro, ermitaños que poseen la verdad, doncellas y peregrinos afanados tras algún ideal imposible). Responden más a un propósito mental que a lo realmente experimentado por el escritor, desarrollados por una fácil alegoría y concluidos por una fácil moraleja. A este grupo pertenecen los siguientes cuentos: *Tras la puerta de ópalo*, *Por qué hay crepúsculos rojos*, *El pájaro rojo*, *Venganza*, *Un sueño*, *El ladrón de iglesias*, *Por culpa de la escuela*, *El príncipe Monteverde*, *El puente de las lágrimas*, *El rapsoda*, *Sobre el filo de la vida*.

Los del segundo grupo se caracterizan por su pretensión a conmover más con las palabras que con los hechos. Han expresado su propia sensibilidad con los términos de un sentimentalismo generalizado. El sentimiento debe desecharse cuando se convierte en algo sistemático, es decir, cuando deja de ser tal, pues de esta manera se destruye la espontaneidad esencial que hace verdadera a toda emoción. Además, ha primado la intención de proyectarse a sí mismo, sobre la de narrar. No se cuenta, no se crean personajes. El estilo reducido a expresar enfáticamente un estado de ánimo, resulta pleonástico. Trabajos de este tipo son: *Los instantes eternos*, *La razón frente al espíritu*, *Habrà sucedido*, *Rodar por la vida*, ... *Y un jazmín se tiñe de rojo*, *La búsqueda*, *Cuento social*, *El hechizo*, *Tragedia*, *El milagro de un sueño*, *La madre muerta*, *Oración*, *Encuentro*, *Morenita Zura*, *El retrato*, *La cara de la sombra*, *La carta y el hombre*, *Cuento*, *El indio cacoique*, *La del crepúsculo*, *Pedro*, *El pescador marineró*.

En cuanto a los del tercer grupo, cabe señalar que el realismo lleva en sí dos peligros: quedar en el registro fotográfico de una realidad, o traidoramente, porque se la vive únicamente a través de los lugares comunes de la literatura realista. En estas faltas incurrir los autores de estos cuentos.

Se ve en ellos una psicología convencional; pretenden abusar de los bus-

nos sentimientos del lector; confunden la crueldad y la tragedia con la profundidad, y no conocen, como escritores, los hechos que intentan describir. Y por prejuicio literario, olvidan que las cosas bellas y saludables de la vida, son tan reales como las sórdidas y despiadadas. Son de esta índole los siguientes títulos: *Ocaso, Dignidad, Desgranando recuerdos, Tres momentos, Delirio, Antes del regreso, Resignación, Tranquilo y seguro en el cuartel general, Árboles caídos, Relato pueblerino, Mi vida, Seu Coame, El ataque, Cielo de otoño, Hastío, Luis, Riverito.*

Por no ajustarse a las bases, fueron excluidos del concurso los cuentos: *El idolo mutilado, Juan José, El Indio y Niebla.*



En nuestro completísimo
surtido de camisa Sports
fácil le será la elección
de la suya

CASA

"BORIO"

COLON y ROOSEVELT
UTE 3

APARECIO LA REVISTA

NUMERO

N.º 3

Colaboraciones extranjeras:
A. Camus, T. S. Eliot,
E. Anderson Imbert.

Colaboraciones nacionales:
J. Cunha, C. Denis Molina,
Mario Arregui.

Notas, crónicas y reseñas
de nuestra actualidad literaria

LIBRERIA DE

SALAMANCA

Gran surtido de libros de

ARTE
CIENCIAS
FILOSOFIA
NOVELAS
REVISTAS

Bartolomé Mitre 1382
Teléfono 9 17 49
Montevideo

Envíos contra reembolso



LIBRERIA

18 de Julio 1328

Teléfono: 8 00 80

MONTEVIDEO

La cerveza
PERFECTA!



DOBLE URUGUAYA



CERVEZERIA DEL URUGUAYA

Librería A T E N E A

González Ruiz & Cia.



LIBROS de

Arte, Científicos, Literarios y Técnicos
Antiguos, Raros y Agotados
Canje, venta y compra de Libros usados
TEXTOS UNIVERSITARIOS

COLONIA 1263
Casi esquina Yi

TELF. 8-32-00
Montevideo



Caulin & Cia.

Fundada en 1860



**FERRETERIA
Y
BARRACA**



Roosevelt y 25 de Mayo
Teléfono 191

Raños holandeses recién
recibidos de la famosa
marca **P H I L I P S**

Elija el modelo de
su predilección

Adquiera el último modelo
de heladera familiar

F E R R O S M A I T

le ofrece este equipo netamen-
te americano al más bajo pre-
cio

Entrega inmediata

Cazalás Hnos. & Olguin

Rodó 730 Teléfono 868
Mercedes

La Mercedaria

FABRICA DE MOSAICOS

De

ABELARDO NAVA

Sarandí y F. Sánchez
Teléfono 490
Mercedes

CASA

"SOUMASTRE"

Tienda,

Almacén

Ferretería

COLÓN 652

Tel. 350

M E R C E D E S

Herman E. Gonnet

Con Eduardo Koster

Remates y Comisiones

Tel. 246 y 1063
MÉRCEDES

"Palacio de la Mecánica"

Maquinaria agrícola
nueva y usada

Accesorios y repuestos
Talleres Mecánicos

WAITER MARTINEZ

Ferrería 1186 Tl. 640
Mercedes

Fémina S.A.

Montevideo

Chocolate para comer crudo

Pídalo en todos los comercios

4 frutas, avellanas, leche, etc.

Casa ZANATTA

de ULISES ZANATTA

Ferretería, Pinturería, artícu-
los sanitarios Menaje, Bazar
Electricidad

FABRICA DE FLUMEROS

Roosevelt 738 Tl. 697

FARMACIA

FERNANDEZ GENOLET

Servicio Nocturno permanen-
te sin alteración de precios

PROFESIONALES

Dr. Mario Prunell

Cirujano Dentista

Consultas mañana y tarde

E. Giménez 624 Tel. 428 Mercedes

Dr. Enrique Costa Leonard

MEDICO

Consultas: de 8.30 a 9.30 y de 15 a 17

Florida 811 Mercedes

Ruben O. Borges

Médico Cirujano

Sarandí 179 Tel. 467

Dr. Zoilo Chelle

Medicina-Cirujía Bayos X

Laboratorio, Consultorio: Roosevelt 783

Consultas de 8 a 9 y de 3 a 5

Dr. Alfredo Alambarri

Niños

Consultas de 15 a 17 horas
Ituzingó y Rodó

Dr. Gaspar Bianchi

Abogado

Rodó 670 Mercedes

Dr. César Guggiari

Médico Cirujano

Camagüey 603 Tel. 1032

Consultas de 9 a 11 y de 15 a 18 hs

Consultorio Radiológico

Laboratorio de Análisis

Dr. MELA

Sarandí 383 - Teléfono 1062 - Mercedes

Dr. Juan Carlos Viera

Abogado

Colón 176 Teléfono 432

Dr. Ernesto Copello Iglesias

ABOGADO

Rodó y 18 de Julio

Walter G. Schopfer

Escribano

Escritorio 18 de Julio y Rodó Tl. 438

Dom. Ituzingó 463 Tl. 451

Miguel A. Olivera Ubios

ESCRIBANO

Estudio Ituzingó 512 Tel. 1057

Eduardo Ramos

ESCRIBANO

Estudio Colón 326 Tl. 478 Mercedes

Víctor A. Albert

Escribano

Támites de sucesiones, venias y
asuntos judiciales

Estudio: Ferrería 782 Tel. 739

